

POESTAS

de

D. José Zorrilla

Edición escogida para los niños

UNA PESETA



Editor, MANUEL P. DELGADO
LAGASCA, 19
MADRID

LIBRERIA JIMENEZ

Mayor, 66-68

MADRID

libreriajimenez.com

Prohibida toda re-
producción.
Es propiedad.

T.1139503



M. Equiagaray

**A S. A. R. el Serenísimo Señor
Príncipe de Asturias**

Deseoso de fomentar las ideas nobles y los sentimientos generosos que más pueden contribuir a formar el corazón del hombre en los años primeros de la vida, he escogido entre las poesías de D. José Zorrilla, de que mi casa editorial es propietaria, las que mejor reflejan aquellas admirables cualidades por las cuales mereció ser considerado como el primer poeta español de su tiempo.

Reuniéndolas en este tomo, aspiro a que, leyéndolas, los niños comiencen a comprender toda la belleza de la hermosa lengua castellana y a sentir el amor sagrado de la Patria. Por ello, confiado en la nobleza de mi propósito, me atrevo a colocar este humilde libro bajo el amparo y protección de V. A., cuya vida guarde Dios muchos años.

Madrid, 1.º de Mayo de 1917.

Señor.

A los Reales Pies de V. A.

Manuel p. Delgado

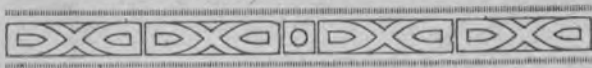
Dos palabras del editor

Del hermoso artículo que el eminente periodista D. Dionisio Pérez consagró al Centenario del nacimiento de Zorrilla en el semanario La Esfera del 24 de Febrero, copio lo siguiente:

«De toda la obra de Zorrilla entresacad cuanto puedan leer los niños, e imprimidlo en libros para las escuelas, que podrían darse a el precio de coste y se venderían por millares.»

La lectura de estas líneas me ha sugerido la idea de seguir su consejo, prescindiendo de la de lucro, y creo haberlo conseguido con la publicación de este libro, cuyo precio facilita su adquisición para los centros de enseñanza, habiendo seleccionado cuidadosamente las composiciones para que resulten adecuadas a sus infantiles lectores.

INDECISIÓN



INDECISION

¡Bello es vivir; la vida es la armonía!
Luz, peñascos, torrentes y cascadas;
un sol de fuego iluminando el día;
aire de aromas, flores apiñadas;

Y en medio de la noche majestuosa,
esa luna de plata, esas estrellas,
lámparas de la tierra perezosa,
que se ha dormido en paz debajo de ellas.

¡Bello es vivir! Se ve en el horizonte
asomar el crepúsculo que nace;
y la neblina que corona el monte
en el aire flotando se deshace;

Y el inmenso tapiz del firmamento
cambia su azul en franjas de colores;
y susurran las hojas en el viento,
y desatan su voz los ruiñeñores.

.....

Y la noche las orlas de su manto
arrastra fugitiva en Occidente,
y la tierra despierta al fuego santo
que reverbera el sol en el Oriente.

¡Bello es vivir! Se siente en la memoria
el recuerdo bullir de lo pasado;

camina cada ser con una historia
de encantos y placeres que ha gozado.

Si hay huracanes y aquilón que brama;
si hay un invierno de humedad vestido,
hay una hoguera, a cuya roja llama
se alza un festín con su discorde ruido,

Y una pintada y fresca primavera,
con su manto de luz y orla de flores,
que cubre de verdor la ancha pradera,
donde brotan arroyos saltadores.

Y hay en el bosque gigantesca sombra,
y desierto sin fin en la llanura,
en cuya extensa y abrasada alfombra
crece la palma como hierba oscura.

Allí cruzan fantásticos y errantes,
como sombra sin luz y apariciones,
pardos y corpulentos elefantes,
amarillas panteras y leones.

Allí, entre el musgo de olvidada roca,
duerme el tigre feroz, harto y tranquilo,
y de una cueva en la entreabierta boca,
solitario se arrastra el cocodrilo.

¡Bello es vivir, la vida es la armonía!
Luz, peñascos, torrentes y cascadas;
un sol de fuego iluminando el día;
aire de aromas, flores apiñadas...

Arranca, arranca, Dios mío,
de la mente del poeta
este pensamiento impío
que en un delirio creó;
sin un instante de calma,
en su olvido y amargura,
no puede soñar su alma
placeres que no gozó.

¡Ay del poeta! Su llanto
fué la inspiración sublime

con que arrebató su canto
hasta los cielos tal vez;
solitaria flor que el viento
con impuro soplo azota,
él arrastra su tormento
escrito sobre la tez.

Porque tú ¡oh Dios! le robaste
cuanto los hombres adoran;
tú en el mundo le arrojaste
para que muriera en él;
tú le dijiste que el hombre
era en la tierra su *hermano*;
mas él no encuentra ese nombre
en sus recuerdos de hiel.

Tú le has dicho que eligiera
para el viaje de la vida
una hermosa compañera
con quien partir su dolor;
mas ¡ay! que la busca en vano,
porque es para el ser que ama
como un inmundado gusano
sobre el tallo de una flor.

Él con los siglos rodando
canta su afán a los siglos,
y los siglos van pasando
sin curarse de su afán.

¡Maldito el nombre de gloria
que en tu cólera le diste...!
Sentados en su memoria
recuerdos de hierro están.

Hay sol que alumbra, mas quema;
hay flores que se marchitan;
hay recuerdos que se agitan,
fantasmas de maldición.
Si tiene una voz que canta,
al arrancarla del pecho
deja fuego en la garganta,
vacío en el corazón.

¡Bello es vivir! Sobre gigante roca
se mira el mundo a nuestros pies tendido;
la frente altiva con las nubes toca..
Todo creado para el hombre ha sido.

¡Bello es vivir! Que el hombre descuidado
en los bordes se duerme de la vida,
y, de locura y sueños embriagado,
en un festín el porvenir olvida.

¡Bello es vivir! Vivamos y cantemos:
el tiempo entre sus pliegues roedores
ha de llevar el bien que no gocemos,
y ha de apagar placeres y dolores.

Cantemos de nosotros olvidados,
hasta que el son de la fatal campana
toque a morir. Cantemos descuidados,
que el sol de ayer no alumbrará mañana.

M. L. B.

A MARIA, MADRE DE DIOS

PARLA MADRE DE DIO



A MARÍA, MADRE DE DIOS

PLEGARIA

Aparta de tus ojos la nube perfumada
que el resplandor nos vela que tu semb!ante da,
y tiéndenos, María, tu maternal mirada,
donde la paz, la vida, y el paraíso está.

Tú, bálsamo de mirra; tú, cáliz de pureza;
tú, flor del paraíso y de los astros luz,
escudo sé y amparo de la mortal flaqueza,
por la divina sangre del que murió en la cruz.

Tú eres ¡oh! María! un faro de esperanza
que brilla de la vida junto al revuelto mar,
y hacia tu luz bendita desfallecido avanza
el náufrago que anhela en el Edén tocar.

Impela ¡oh Madre augusta! tu soplo soberano
la destrozada vela de mi infeliz batel;
enséñale su rumbo con compasiva mano;
no dejes que se pierda mi corazón en él.

LA JUVENTUD



LA JUVENTUD

Tengo ojos y no ven,
tengo oídos y no escuchan,
tengo manos y no tocan,
tengo labios y no gustan;
y, en fin, sin entendimiento
ni albedrío que me acuda,
tengo aliento que no alienta,
y corazón que no pulsa.

CALDERÓN: *La vida es sueño.*

Cuando a las puertas del nacer llamamos,
senda de flores a los pies tenemos:
doquier que el rostro en derredor volvamos,
padres y amigos cariñosos vemos;
doquier los brazos débiles tendamos,
un ósculo inocente merecemos,
y así contentos a vivir salimos
sólo porque ignoramos que vivimos.

Cuando el mundo se ve desde la cuna,
flores se hallan en él, pero no espinas;
se ven en él sus mares y su luna,
sus prados y cascadas cristalinas;
sin noche el sol, sin rueda la fortuna,
poblado de fantasmas peregrinas;
tocado, en fin, con el flotante velo
del estrellado pabellón del cielo.

La paz de la niñez nos va llevando
por senda usada, fácil y tranquila,
donde rebelde nuestra edad brotando,
en lechos de oro víctimas apila;
donde asombrada se dilata entrando
de luz avara la infantil pupila;
do a manos llenas el placer derrama
lo que *vida de amor* el hombre llama.

Cercada de fantasmas halagüeños,
allí la ardiente juventud habita,
que dando lindas formas a sus sueños,
el imperio del mundo solicita:
como para acabar tantos empeños
todo lo hermoso y fuerte necesita,
presenta a nuestra mente deslumbrada
todo el vano esplendor de su morada.

En tazas de cristales quebradizos
nos muestra seductora en sus planteles
las flores sin olor de sus hechizos,
el temprano verdor de sus laureles;
y en campos de placer resbaladizos
sus palacios nos muestra de oropeles,
donde yacen en blandos almohadones,
una sobre otra, todas las pasiones.

El ánima inocente todavía,
virtud creyendo el cenagal del vicio,
se lanza, en pos de tan brillante día,
de la vida en el hondo precipicio,
y a par que corre por la errada vía,
comprende de la edad el artificio:
que aquel jardín de flores peregrinas
era el reloj no más de las espinas.

¡Juventud! ¡Fácil balanza!
¡Qué presto arrastras vencida
el peso de la esperanza
con el pesar de la vida!
¡Qué presto se desvanecen
los fantasmas halagüeños

que nuestra infancia adormecen
con raquíticos ensueños!

¡Qué rápida te deslizas
entre las horas que hechizas,
dejándonos tus cenizas
donde vamos oro a ver!
¡Juventud! ¡Edad de flores!
¡Sombras son ¡ay! tus colores,
artificio tus primores,
amarguras tu placer!

Ojos nos das y no vemos,
pensamiento y no pensamos;
que es falso cuanto creemos,
y falso cuanto ideamos.
Es mentida tu hermosura,
es tu fortuna liviana,
tus esperanzas locura,
tu paz y tu gloria vana.

Espejo de cien cristales,
que mientes lo que no vales,
cuyas luces desiguales
multiplican la ilusión,
¡tú doras tus arreboles
con lumbré de mil faroles,
y llamas, osada, soles
a lo que pavesas son!

Sonando a vivir venimos;
pero, en tu región vacía,
cuantos más días vivimos,
soñamos más cada día.
Te sueña la pasión loca
y ambiciona tus laureles;
cuando la razón te toca,
maldice tus oropeles.

La pasión juzga en su anhelo
que ese cristal es un cielo;
la razón te rasga el velo
hasta ver tu vanidad,

y en vez de tus clavellinas
y tus rosas purpurinas,
nos muestra al fin tus espinas
el farol de la verdad.

Espinas son fama y gloria,
cuanto bien el hombre alcanza;
espinas de la memoria,
carcomas de la esperanza.

Espinas son amistades,
espinas ¡ay! son favores...
que espinas son las verdades,
y son espinas sin flores.

Si espinas son solamente
amistad, gloria y favor,
¿dónde está, suerte inclemente,
de tanta espina la flor?

Si espinas tan sólo dan
lisonjas de juventud,
acaso espinas serán
la nobleza y la virtud.

Y espinas estudio y ciencia,
pues dejan sus vanidades
demencia nuestra demencia,
y verdades las verdades.

La fe del ánima espinas,
y espina el amor del hombre,
mentiras son más divinas
con más hechicero nombre.

Y si espinas solamente
son virtud, ciencia y amor,
¿dónde está, suerte inclemente?
de tanta espina la flor?

Edad de sombras pueriles
que la verdad desvanece,
¡ni olvidada en tus pensiles
una flor tan sólo crece!

Pues espinas son tus flores
y espinas son tus placeres,
entre tan falsos colores
una mientes y otra eres.

Si espinas de desconsuelos
son horas tan peregrinas,
¿dónde guardaron los cielos
flores de tantas espinas?

LA VIRGEN AL PIE DE LA CRUZ



LA VIRGEN AL PIE DE LA CRUZ

Stabat Mater dolorosa
juxta crucem lachrymosa
dum pendebat Filius.

Velaba entonces el cielo
su lumbre en opacas nieblas,
y, crespón de tanto duelo,
tendió la sombra en el suelo
anchos pliegues de tinieblas.

Ni un pájaro por el viento,
ni una fiera por la roca,
ni entre el musgo amarillento
asoma reptil hambriento
la desenterrada boca.

Ni el ronco mar a lo lejos
en sordo tumulto brama,
vibrando en turbios espejos
tornasolados reflejos,
que por la playa derrama.

Ni una brisa ni un gemido
el aire pesado encierra,
que doliente y abatido
yace sin fuerzas tendido,
las alas contra la tierra.

Grupos de nubes impuras,
en la alta región inmóviles,

ciñen en bandas oscuras
la lumbre de las alturas
con sus cortinajes dobles.

Ráfaga de luz sangrienta,
el negro ambiente cruzando,
amaga pronta tormenta,
una natura alumbrando
dormida o calenturienta.

La rosa que el aura riza
se dobla en el tallo seca,
y de la hierba pajiza
sostiene la raíz hueca
campo estéril de ceniza.

Y del desierto a la entrada,
en torpe paso el Jordán
arrastra el agua pesada;
una con otro amarrada,
sin ruido las ondas van.

Y en los anchos arenales,
por donde las hondas crecen,
los penachos desiguales
saludándolas no mecen
palmas y cañaverales.

Todo entre sombras callaba;
el mundo en reposo inerme
curioso se contemplaba,
cual de despertar acaba
un hombre, y duda si duerme.

Víanse al lejos enhiestas
cerrando los horizontes,
en dobles hileras puestas,
las enmarañadas crestas
de los escarpados montes.

Entre los troncos desnudos,
alzando las blancas losas
los esqueletos agudos,
sacaron, de asombro mudos,
las calaveras medrosas.

Ninguno osó preguntar
lo que era triste saber;
ninguno acertó a dudar
lo que salió a contemplar
y alcanzó temblando a ver.

Allí Adán el pecador
asomó el gesto confuso
mirando en su derredor;
de rodillas, de pavor,
sobre la piedra se puso.

«¿Es ésa mi raza...?», dijo
hiriendo la calva frente;
y llorando se maldijo,
a su Dios mirando fijo
en un palo entre su gente.

Secos, vacilantes, flojos,
malditos en él también
los otros yertos despojos,
volvieron hacia Salén
los sin luz cóncavos ojos.

Allá en la vasta llanura
está la impía ciudad,
por sus delitos impura
que ostenta falsa hermosura,
merced a la oscuridad.

Y el Gólgota misterioso
levantado detrás de ella,
entre ufano y vergonzoso
con un suplicio horroroso,
rota la frente descuella.

Estaba en honda agonía
al pie de la cruz llorosa
la Madre Virgen María,
y de la cruz afrentosa
el Hijo muerto pendía.

Desgarrado el santo pecho,
herido y alanceado,
y en el madero derecho,

desconocido y deshecho,
el cuerpo descoyuntado.

Tan rasgadas las heridas
de ambos pies y de ambas manos,
que cayeran divididas,
a no estar tan sostenidas
en brazos tan soberanos.

Y porque culpa tan fea
ofrenda tan santa borre,
la hirviente sangre gotea,
y, en el peñasco en que corre,
avaro el viento la orea.

Allí, por tierra postrada,
moribunda y desolada
la castísima María,
con el suplicio abrazada,
la ardiente sangre bebía.

Y parado el mundo entero,
asombrado la miraba;
que sola en dolor tan fiero,
a su Dios muerto lloraba
al pie del santo madero.

— ¡Ella llora, y yo pequé...!
¡Madre amorosa, perdón,
que yo le crucifiqué;
yo su sangre derramé
y manché la creación!

Yo le robé de tus brazos,
sin respeto a su deidad;
le até con estrechos lazos
para arrancarle, es verdad,
las entrañas a pedazos.

Y tú, Madre, en tu dolor,
mesándote los cabellos,
al verdugo matador
tendiste los brazos bellos,
demandándole favor.

Por templar su sed rabiosa,

Tú, Madre de Dios bendita,
pálida la faz de rosa,
te prosternaste llorosa
ante la raza maldita.

No humana, de tigres fué;
que si te vieron acaso
los hombres en quien pequé,
cual brezo que estorba el paso
te apartaron con el pie.

¡Tú hollada, Virgen, así...!
¡Tú, que pisas de rubí
vistosa, viviente alfombra,
y besa el ángel tu sombra
si pasa cerca de tí!

¡Tú, de estrellas coronada,
del ardiente sol vestida
y de la luna calzada,
tan triste y tan dolorida
por raza tan condenada!

¡Tú llorando, Madre mía,
cuando una lágrima tuya
el mundo rescataría,
cuando el tiempo le concluya
en el postrimero día!

¿Tus ojos llorosos tanto,
cuando al sol prestan su luz?
¡Oh, Madrel ¡Por tal quebranto,
que me salve a mí tu llanto
al pie de la santa cruz!

Yo tengo un recuerdo
de edad más dichosa;
Tú, Madre amorosa,
lo sabes tal vez.
Entonces alegre,
de afanes segura,

soñaba ventura
mi loca niñez.

Aun no me acosaban
mis débiles años
con duelos y engaños
de vana amistad;
aun no de mis horas
de paz y esperanza
rompió la balanza
la estéril verdad.

El aire era un velo
de ricos colores;
brotaban las flores
a impulso del sol;
la noche tranquila,
que en paz me velaba,
del cenit colgaba
su turbio farol.

La vida era un sueño
ligero y flotante;
fingí, delirante,
del mundo un jardín;
creí que los días
que pasan huyendo,
felices volviendo,
serían sin fin.

Entonces ¡oh Madre!
recuerdo que, un día,
tu santa agonía
contar escuché:
contábala un hombre
con voz lastimera:
tan niño como era,
postréme y lloré.

El templo era oscuro:
vestidos pilares
se vian, y altares
de negro crespón;

y en la alta ventana
meciéndose el viento,
mentía un lamento
de lúgubre son.

La voz pñadosa
tu historia contaba;
el pueblo escuchaba
con santo pavor.

Oía yo atento,
y el hombre decía:

«¡Y quién pesaría
»tamaño dolor!

»El Hijo pendiente
»de cruz afrentosa;
»la Madre amorosa
»llorándole al pie...»

El llanto anudóme
oído y garganta;
con lástima tanta
postréme y lloré.

La voz conmovida
seguía clamando;
el viento zumbando
seguía a la par;
el pueblo lloraba
postrado en el suelo,
contaba tu duelo
la voz sin cesar.

Mi madre, a sus pechos
mi pecho oprimiendo,
posaba gimiendo
sus labios en mí;
y yo, Santa Virgen,
en son de querella,
no sé si por ella
lloraba o por ti.

Tu imagen estaba
doliente a mis ojos;

mi madre de hinojos
oraba a tus pies:
por quién lloró entonces
mi pecho afligido,
ya nunca he podido
saberlo después.

¡Mi madre tan joven,
tan bella y penada;
mi madre adorada
llorando también!
Perdén ¡oh María!
Soy hijo y la adoro;
su aliento y su lloro
quemaban mi sien.

Convulso, agitado,
en ámbito estrecho
latir en su pecho
sentí el corazón;
el niño creía
y oró al Crucifijo...
El niño era hijo
y ahogó su oración.

Ha poco, en mis horas
de cuita y de duelo,
amparo en el cielo
con ansia busqué;
tu nombre me trajo
mi fe solitaria,
y en honda plegaria
tu nombre invoqué.

Que yo también lloro
mundanos pesares;
también tengo altares,
y fe y religión:
que el gozo y la risa
que ostento en la frente
del alma doliente
la máscara son.

¡Ay triste! Olvidado,
no hallé en mi abandono
más luz que tu trono,
más paz que tu amor;
y ciego y perdido,
sin lumbre y sin guía,
a ti te pedía
llorando favor.

A ti, que llorabas
el día tremendo
que viste muriendo
al Dios de la luz.
¡Oh, Madre, que el día
de cuentas y espanto
me salve tu llanto
al pie de la cruz!

—
¡Madre mía! Si en tu cielo
se oye el murmullo mundano,
y mi cántico liviano
en su cóncavo sonó;
si la estéril armonía
llegó a ti del arpa loca,
y los himnos que mi boca
sacrílega murmuró,

Tiende los divinos ojos,
¡oh, Madre! desde la altura,
que es polvo la criatura,
cieno, y nada encontrarás;
que en la senda de la vida,
cada paso que adelanta,
más débil la torpe planta
se acerca a su nada más.

Acuérdate, Madre Virgen,
que allá, en la niñez tranquila,
por ti, la clara pupila
con mis lágrimas nublé;

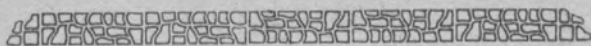
que hubo un día en que, escuchando
la historia de tus pesares
delante de tus altares,
acongojado lloré.

Olvidate que, insensato,
sin curar de tus dolores,
canté profanos amores,
del arpa lúbrica al son;
acuérdate que, nacido
de flaca y terrena gente,
tengo de tierra la mente,
y de tierra el corazón.

Acuérdate, Madre mía,
que nací niño y desnudo,
y que hoy a tus pies acudo,
mi nada al reconocer.
Que mi lengua irreverente
cambia en himnos inmortales
los cánticos criminales
que alzó delirando ayer.

Pues mi postrera esperanza
en tu noble amparo fijo,
ruega ¡oh Madre! por un hijo
al Dios que engendró la luz.
Y en aquel tremendo día
de justicias y de espanto,
que me salve a mí tu llanto
al pie de la santa cruz.

EL NIÑO Y LA MAGA



EL NIÑO Y LA MAGA

FANTASÍA

¡Cuán risueña es el alba de la vida,
esa mágica edad de la ilusión,
en que vegeta el alma adormecida
ajena de inquietud y de ambición!

¡Cuánto se vive alegre y sin recelo,
cuánto se goza lejos del pesar,
llevando nuestro débil barquichuelo
de la existencia por el negro mar!

Entonces, sin pensar en quien nos hizo
ni el vano mundo y su placer traidor,
gozamos por el día tanto hechizo
y dormimos la noche sin temor.

Que es el niño atrevido marinero
que al mar se lanza, si inexperto, audaz,
satisfecho con ver cómo ligero
va por las ondas su batel fugaz.

¿Qué le importa el murmullo de la brisa
a quien sigue tal vez el aquilón?
Navegaré—le dice—más a prisa,
del blando viento al compasado son.—

¿Qué le importa que el agua se alborote,
tormentosas, alzando olas sin fin?
—Irá—se dice—mi extraviado bote
a dar, como el que dejó, a otro jardín.—

¿Qué le importa que bajen las tinieblas
la noche desplomando sobre el mar?
Él dice:—Cuando pasen esas nieblas
ya me vendrá otro sol a despertar.—

¿Qué importa que en espejos quebradizos
hiervan los lomos del gigante azul?
Él mira en ellos sus flotantes rizos,
de la neblina entre el espeso tul.

¡Cuánto es alegre la niñez sencilla
que en el bajel de su inocencia va
libre y segura, sin perder la orilla
del mar que al lejos rebramando está!

¡Duelos, dejadme con los lindos sueños
loco recuerdo de la edad pueril;
que mire de la vida los empeños
desde su verde y delicioso abrill

Dejad que vaguen mis cansados ojos
de árbol en árbol y de flor en flor,

del sol brillante a los destellos rojos
que al universo dan vida y color.

¡Vida! Blanco y risueño panorama
para el que nace en virgen ilusión;
desierto do eternal el cierzo brama
para el que lanza en él su corazón.

¡Vida! Fantasma bello y mentiroso
cuanto halagüeño en tu ilusión fatal,
yo miraré con ojo receloso
la luz de tu fantástico cristal.

Que si nacemos a la amarga vida
riendo lo que habemos de llorar,
yo quiero mi existencia dolorida
gozar llorando y mi dolor cantar.

I

Es una bella aurora,
fresca, púrpurea y clara,
en que va murmurando
por la floresta el aura.
Las hojas estremece
con las sonantes alas,
cruzando fugitiva
por una y otra rama.
Ya por el blando césped
silenciosa se arrastra,
robando sus perfumes
al tomillo y la grama.
Ya, en torno de los troncos
de las encinas altas,
columpia en sus cortezas
las ramitas enanas.

Ya, de la limpia fuente
en la repleta taza,
arruga, trenza y riza
los hilos con que mana.
Es un jardín florido,
henchido de fragancia,
que a par enriquecieron
con afanosa maña
naturaleza fértil
con su silvestre gala,
y la incansable industria
con su rica elegancia.
Aquí por los linderos
las violetas moradas,
matizan de los céspedes
la vívida esmeralda.

Allí de clavellinas
entumecida mata,
sus infinitos hijos
a sostener no basta.
Allí las anchas rosas
su pabellón de grana
extienden, afrentando
las azucenas blancas.
Allá el cárdeno lirio
se eleva con audacia,
de azules pensamientos
su raíz tapizada.
Más lejos, un geráneo
que aroma el aura mansa,
envidia a los ranúnculos
las tintas soberanas.
Y allá, entre sauces verdes
que humedecen las aguas
entre sonantes hojas
y retorcidas varas,
en cargados racimos,
madreselva olvidada,

convida con sus flores
amarillas y blancas.
Ni faltan en macetas
y transparentes jarras
pomposos tulipanes
que sus capullos rasgan.
Sobre ellos cuidadosos
tienden sus hojas anchas
los fértiles naranjos,
las corpulentas hayas.

Hay en su bosquecillo
de mirtos y de acacias,
en una placetuela
de rosales cercada,
una anchurosa fuente
que en torno se derrama.
Está el pilón colmado,
y en medio se levanta
sobre dos pies de jaspe,
de alabastro una taza;
y mil vistosos peces
en su remanso nadan
y asoman atrevidos
la fugitiva espalda.
Se escucha desde lejos
la música liviana
con que murmaran leves
las revoltosas aguas;
y en su cristal inquieto,
el sol que alumbra el alba,
saliendo reverbera
con luz tornasolada.

Sentado en las orillas
por do la linfa clara
desde la limpia fuente
bullendo se derrama,
deshojando unas flores
que el arroyuelo arrastra,

miraba el niño Adolfo
cómo las lleva el agua.
Su imagen la corriente
trémula le retrata
los ojuelos alegres,
las manitas nevadas,
la blonda cabellera
tendida por la espalda,
la frente ruborosa
y la sonrisa cándida.
Soñaba desvelado
inocentes fantasmas
que a la niñez tranquila
espléndidos halagan:
de esos delirios puros
que fugitivos pasan
y aduermen los sentidos
sin que los sienta el alma.
Ilusiones magníficas,
con cuyas sombras mágicas,
los gozos se deshacen
de nuestra breve infancia.

Ceñida de una nube
de vaporosa gasa,
que el aire llena en torno
de suavísimo ámbar;
de rosas y azucenas
la frente coronada
prendida en ricos pliegues
la vestidura blanca,
salió de entre los mirtos,
con cautelosa planta,
una ilusión dichosa
de paz y bienandanza.
Las flores en sus tallos,
por donde aérea pasa,
se esponjan y enderezan
y doble aroma exhalan.

La brisa en torno suyo
murmuradora vaga,
y entre las hojas verdes
se enreda y esparrama.
Colúmpianse las copas,
los ruiseñores cantan,
las tórtolas arrullan
en amorosas cláusulas,
y todo en los jardines
al paso de la Maga,
respira la ventura
de juventud colmada.

Tomó la mano de Adolfo,
que sobre el césped descansa,
quien, al verla tan hermosa,
entre sus brazos se lanza.
Los negros rizos la coge,
la besa la frente casta,
en sus pupilas se mira,
y en su sonrisa se embriaga.
Ella a su seno le estrecha,
le acaricia y le regala,
no como madre afanosa,
sino como amante hermana.
No como en signo de albricias
de un hijo perdido que halla;
como quien se alegra hallando
con quien dividir sus galas.
Adolfo se la sonríe
y el blanco cuello la abraza,
admirando su hermosura
con infantil confianza.
—Óyeme, Adolfo —le dijo
halagándole la Maga:—
si tú quisieras conmigo
vivir... tengo una morada
llena de fuentes y flores

y de deleites y galas;
tengo palacios de oro
suspendidos en montañas
en un país muy lejano,
a quien *Existencia* llaman.
— ¡Oh, por cierto que eres rica!
— Lo que imaginas es nada;
todo el universo es mío.
— Pues ¿quién eres?— La Esperanza.
— ¿Y estarás siempre conmigo?
— Iré siempre donde vayas.
— Pues vamos donde quisieres,
— Sígueme, pues que ya tardas.
Siguióla contento Adolfo,
y, a una señal de la Maga,
de aquella anchurosa fuente
dividiéndose la taza,
tornóse en un canastillo
que se columpia y resbala
de un claro y tranquilo río
por sobre las ondas mansas;
y entrándose confiados
en tan vacilante barca,
dejáronse ir sin recelo
a los caprichos del agua.

II

Audaces surcando las aguas serenas
al lánguido impulso del aire sutil,
tocaron opuestas las limpias arenas
que el río aprisionan al otro confín.

Posaron la planta donde ancho camino
el paso les abre de vasta región,
que pródigo y rico regala el destino
y espléndido viste de ocioso primor.

Alli en los linderos, vistosos jardines,
de cuyas florestas el fin no se ve,
empiezan, y, orlados de azahar y jazmines,
alfombra de flores encuentra los pies.

La luz es continua, de un alba rosada
que presta al ambiente purísimo azul,
y un céfiro el aire, cuya ala aromada
refresca la tibia ilusión de la luz.

Doquiera, en las hojas del árbol florido,
se siente escondido
al mirlo trinar;
doquiera en la hierba menuda se siente
la rápida fuente
saltando brotar.

Doquiera, volando sutil mariposa,
columpia una rosa;
sacude un clavel,
las alas ufana mostrando a las flores,
de ricos colores
pintadas también.

Doquiera, arrastrando su casa con pena
sobre una azucena
se ve al caracol,
que tiende los ojos al sol generoso,
pidiéndole ansioso
consuelo y calor.

Doquiera, en las ramas, colgada la oruga,
sacude y arruga el sonoro cristal

que, en claros espejos o en líquidos hilos,
en lagos tranquilos posándose va.

Doquiera, en las ramas del álamo verde
en lo alto se pierde movible ilusión,
meciendo la bella oropéndola el nido
que anima tendido benéfico el sol.

Despliega pomposa a la luz con que brilla
la pluma amarilla
que ostenta fugaz,
abriendo esponjado y en círculo rico
el triple abanico
que tiende al volar.

Aquí no se encuentran ni sauces llorones,
ni en lúgubres sonos
agita el ciprés
la fúnebre punta, cual hacha mortuoria
que alumbra la historia
pasada de ayer.

La espléndida lumbre del sol no se apaga;
sin término vaga
la brisa sutil;
la noche carece de sombra importuna,
ni deja la luna
jamás de lucir.

Del mar a lo lejos se siente el murmullo,
cuál lánguido arrullo
del aura no más;

cual banda de plata que el puro horizonte
tendió sobre el monte
tapiz de cristal.

Allá en sus amenas tendidas riberas
a do pasajeras
se van a perder
las ondas sonoras, en tiendas de armiños,
tan sólo los niños
alegres se ven.

En lechos de rosas, jazmín y claveles,
bajo almos doseles
de plumas de luz,
reposan tranquilos, sin noche ni día,
sin miedo a la impía
desdicha común.

No acosa su mente recuerdo pasado;
que sólo han gustado
la dicha y placer;
porque es la ribera del mar de la vida
la casta, florida,
tranquila niñez.

En ella comienza dichoso el camino
do puso el destino
tras linde feliz,
de nuestra existencia, trístisimo, aciago,
el árido vago
desierto país.

¡Oh! Cuando dormimos al pie de la cuna,
es toda fortuna,
deleites y paz;
el día es tranquilo, la noche serena,
la selva es amena,
frondoso el erial.

Las lágrimas puras que entonces se vierten,
acaso divierten
en vez de doler...
¡Vereda dichosa! ¡Portada florida
por do entra en la vida
la dulce niñez!

Adolfo y la Maga cruzaban por ella;
y el niño tan bella,
tan llana la halló,
que andaba embebido de un lado a otro lado,
gustando la fruta
doblando la flor.

Ya el vuelo seguía de pájaro errante,
ya el ala brillante de insecto sutil,
ya el curso sonoro de inquieto arroyuelo
que rueda del suelo en el verde tapiz.

Saltaba y reía, sin pena ni enojos;
gozaban sus ojos
la alegre visión;
sus tiernos sentidos la suave frescura
y el son que murmura
del aura veloz.

Vagaba contento, ¿qué importa por dónde?
Su infancia le esconde
la negra verdad.
¿A qué preguntarle si es plácido el sueño?
¿A qué con empeño
querer despertar?

La ruta siguiendo, los blancos jazmines,
la luz, los jardines
llegaban allí;
ya el sol es ardiente, más duro el camino;
no hay ya peregrino,
plantel ni jardín.
Al paso que avanza por otra vereda
detrás de quien queda
la alegre región,
sentía en el pecho que, audaz caminando,
cobraba ganando
firmeza y vigor.

La Maga amorosa seguía ligera,
fantasma hechicera,
vagando tras él,
más joven y hermosa conforme adelanta,
dejando su planta
detrás la niñez.

III

ADOLFO

¿Qué sitio es éste, señora?
¿Dónde estamos? Pues, si no
mienten mis ojos, ya es ésta
otra distinta región.

MAGA

Estamos, al fin, Adolfo,
en un país superior,
en donde nada caduco,
nunca imbécil vegetó.

ADOLFO

Y esos alcázares de oro
que se ven en derredor,
esos pensiles colgados,
esos bosques, ¿cúyos son?

MAGA

De una emperatriz hermosa,
tan alegre como el sol,
en cuyos vastos dominios
no hay lágrimas ni dolor.

Tan poderosa y tan rica,
que a su audacia y su ambición
ni los mares ponen coto
ni los peligros pavor.

Tan bella y tan cortesana,
pues que como ella no hay dos,
no hay fuerza a quien no atropelle,
ni grandeza la asombró.

Poco a sus delirios fueron
ambos mundos en redor;
«Todo o nada», dijo ansiosa,
y sobre ambos se asentó.

Y celebrando insensata
su destino triunfador,
llamó al placer y a la vida,
y con ellos le partió.

Trajo a sí cuantas hermosas
les siguen a ambos en pos,

cuantos galanes y ociosos
en ambos mundos halló.

Dióles galas y palacios,
campos de inmensa extensión,
trovadores que les canten,
baños de exquisito olor.

Y al hacer de tanto lujo
desigual repartición,
dijo:—Gozad y pedidme;
que, si hay dioses, yo soy dios.—

ADOLFO

¿Y quién es tan atrevido
espíritu protector,
a quien nada se resiste
y a quien nada se igualó?

MAGA

La JUVENTUD.

ADOLFO

¡Dama ilustre!
Envidiable en su favor.

MAGA

¿La sirvieras?

ADOLFO

La adorara.

MAGA

¿Fuera su amigo?



ADOLFO

El mejor.

MAGA

Pues alguien hay que pudiera
concedértelo.

ADOLFO

¿Quién?

MAGA

Yo.

ADOLFO

¿Quién eres, que tal poder
alcanzas?

MAGA

Su hermana soy;
que JUVENTUD y ESPERANZA
nacidas a un tiempo son.

ADOLFO

Pues lleguemos al palacio,
porque ya siento ¡por Dios
por sus ilustres favores
perdido mi corazón.

MAGA

¿Esperas vencer?

ADOLFO

Lo espero;
que he de conquistar su amor.

MAGA

Bien haces en esperar,
puestò que contigo voy.

Dió Adolfo el brazo a la Maga,
y ambos, con paso veloz,
doblaron hacia el palacio
en coloquios de ambición.

Las bóvedas altas, de perlas vestidas,
do están suspendidas
centellas de sol,
duplican la luz transparente
en ancho torrente,
vertiendo en las salas cambiante color.

Los ricos tapices que ocultan los muros
remedan los puros
espejos del mar,
sutiles dejando, a través de sus hilos,
mirar los tranquilos
reflejos del muro de limpio cristal.

Doquiera la rosa, el clavel, los jácintos,
en lazos distintos,
en cifras de amor,
anuncian orlando las blandas alfombras,
las mágicas sombras
que, al hombre adulando, le siguen en pos.

Amor dice en ésta, en aquélla *Fortuna*;
Valor dice en una,
y en otra *Amistad*;

Placer dice aquélla, y esotra *Riqueza*;
 más lejos *Belleza*,
Ventura en aquesta, *Virtud* más allá.

Al son de las lanzas y trompas de guerra
 que asordan la tierra,
 en extenso salón
se sienten los himnos ardientes de gloria,
 de noble victoria
que entona el soldado con áspera voz.

—«Bajad al campo sangriento:
sólo la gloria está allí;
y sin gloria y sin laureles,
¿quién es el imbécil que acierta a vivir?»—

—«A amar y a lidiar nacimos,
y sin triunfos ¿cómo amar?
¿Qué llevar si no en ofrenda
a los pies de una beldad?»—

—«Si amor corona la frente,
nuestras batallas también;
sus coronas son de rosas
y las nuestras de laurel.»

—«Bajad al campo sangriento:
sólo la gloria está allí;
y sin gloria y sin laureles,
¿quién es el imbécil que acierta a vivir?»—

Más lejos, en otra morada hechicera,
 do el sol reverbera
 con lumbre tenaz,
do llenan las perlas los largos espacios,
 los ricos topacios,
el jaspe y el oro, la seda y cristal.

— «Venid: la gloria es un sueño:
vida sin fiestas, ¿qué es?
Mirado a través de un vaso,
el mundo desierto parece un Edén.» —

— «Vamos la tierra con vino,
embriagados, a amasar;
vamos al templo de Baco
en lúbrica bacanal.»

— «No hay más altar que la mesa,
no hay más Dios que la embriaguez;
el vino confunde el tiempo,
el morir con el nacer.»

— «Cuando caemos beodos,
mendigo o rey, ¿qué más da?
Todos bebemos sedientos
arroyos de libertad.» —

— «¡Qué dulces son nuestros pechos
empapados de licor!
¡Qué sabrosos nuestros labios,
y qué inmenso el corazón!» —

— «Venid: la gloria es un sueño:
vida sin fiestas, ¿qué es?
Mirado a través de un vaso,
el mundo desierto parece un Edén.» —

Allá en otra estancia, do en torno murmura
lejana, insegura
la voz popular,
cantor instigado del Dios que le inspira,
de cóncava lira
la suya levanta al acorde compás.

—«Amor y gloria sin fama
son un espejo sin luz:
sólo los cantos no mueren,
hallando en el cielo sepulcro común.»—

—«Venid a beber sedientos
los raudales del saber:
en sus márgenes se cogen
las coronas de laurel.»—

—«El pueblo escucha al poeta
venid, venid al cantor.
¿Qué es el amor ni la gloria
sin la ciencia y la razón?»—

—«¿De qué os vale de placeres
ese miserable afán?
Si no los canta mi lira,
¿quién os los ha de envidiar?»—

—«Amor y gloria sin fama
son un espejo sin luz:
sólo los cantos no mueren,
hallando en el cielo sepulcro común.»—

—
Adolfo afanoso,—«¿Do estás, di—murmura,
»altiva hermosura,
»falaz juventud?
»Do quiera te veo, siguiéndote avanzo,
»mas nunca te alcanzo...
»¡Yo siempre en tu busca y huyéndome tú!»

—
«¡Oh! Dime, Esperanza, mi fiel compañera,
»¿do está esa altanera
»cobarde mujer?»

La Maga le sigue, mas no le responde.

«¿Por qué se me esconde?

»¿Lo sabes?» La Maga repuso: «No sé.»

«¿No sabes?» Mentira. ¿Me engañas, traidora,

»me mientes ahora

»que la amo por fin?

»¡Oh! Ciego por ella, tras ella camino...

»¡Fantasma divino,

»te adoro, insensato, después que te vil.»—

IV

Cansado de su rápida carrera,
siguiendo la fantástica visión,
de un verde montecillo en la ladera
• Adolfo, sollozando, se sentó.

Iba el camino por estrecha calle
una suave colina a trasponer,
partiendo por mitad un triste valle
do la estéril colina sienta el pie.

A su lado la Maga todavía,
blanca, risueña y cariñosa está,
cual viva estrella que al piloto guía
y anima en los peligros de la mar.

Flotaba su sencilla vestidura
del aura de la tarde a la merced,
y derramaba su mirada pura
por la campiña que delante ve.

Al lejos, entre pálida neblina,
alcánzanse tal vez a distinguir

torres y muros en informe ruina,
y escombros que salpican el país.

Hay doquiera ciudades desoladas,
cuyo hendido esqueleto humea aún,
manchando con espesas bocanadas
la claridad del firmamento azul.

No hay fuentes, ni palacios, ni vergeles,
ni cantan en amena soledad,
saltando entre jacintos y claveles,
aves que gozan con alegre afán.

Hay algunas estériles palmeras,
nacidas al azar aquí y allí,
y águilas surcan libres y altaneras
el hueco de la atmósfera sutil.

Aun se sienten, perdidos a lo lejos,
los himnos de la alegre juventud,
cuyo alcázar se ofusca en los reflejos
de una impotente y moribunda luz.

Todo es verdad allí, todo se ostenta
sin ilusorio engañador cristal:
por todas partes sin temor se asienta
la rebelde y desnuda realidad.

—Las fuerzas—dijo Adolfo—me abandonan;
llena de sombras mi memoria está:
dame el brazo, Esperanza: en mis oídos
esos cantares tentadores van.—

Y era así: que a pedazos por el viento
llegaban en sonora confusión,
ya en mentiroso o el blasfemo acento
del placer, de la gloria o del amor.

—«Bajad al campo sangriento:
sólo la gloria está allí;
y sin gloria y sin laureles,
¿quién es el imbécil que acierta a vivir?»—

—«Venid: la gloria es un sueño:
vida sin fiestas ¿qué es?
Mirado a través de un vaso,
el mundo desierto parece un Edén.»—

—«Amor y gloria sin fama
son un espejo sin luz:
sólo los cantos no mueren,
hallando en el ceno sepulcro común.»—

V

ADOLFO

¿Dónde estamos, Esperanza?

MAGA

Selva es aquesta que ves
de razón y de recuerdos.

ADOLFO

¿Tiene nombre?

MAGA

La Vejez.

ADOLFO

¿Y aquéllas alegres damas,
y aquel palacio, y aquel
festín espléndido y cánticos
de ventura y de placer?

MAGA

Allá quedan.

ADOLFO

¿Y la dicha
de que un instante gocé
y tras quien corro insensato?

MAGA

Allá se queda también.

ADOLFO

¿Conque por fin la he perdido?
¿Conque en verdad la soñé?

MAGA

El perseguirla es perderla;
que es verdad, e ilusión es.

ADOLFO

¿Mis amigos?

MAGA

Allá quedan.

ADOLFO

De mis soldados, ¿qué fué?

MAGA

Allá quedan.

ADOLFO

¿Y mi gloria,
mis timbres?

MAGA

Allá también.

ADOLFO

¿Conque todos me dejaron?
¿Qué resta en la vida, pues?

MAGA

Tu Esperanza está contigo,
siempre acudiéndote fiel.

ADOLFO

Tú sola no me abandonas.

MAGA

A tu lado siempre iré,
alumbrándote el camino
que tomaste al nacer.
Reposa y vamos.

ADOLFO

Me canso.

MAGA

Yo la mano te daré.

ADOLFO

Dame un manto; tengo frío
agua dame; tengo sed.

MAGA

Vamos a buscar la fuente.

ADOLFO

¿Está muy lejos?

MAGA

Tal vez.

ADOLFO

¿No tiene fin el camino?

MAGA

Sí.

ADOLFO

Pues vamos.

MAGA

Tras mí ven.

ADOLFO

¡Oh cuán distinto, Esperanza,
este camino es de aquel
por donde yo te tendía
mi brazo ligero ayer!

MAGA

Lo que pasó no recuerdes:
mirando adelante ve.

ADOLFO

Sólo de recuerdos vivo.

MAGA

Olvida.

ADOLFO

No puede ser.
Así, con cansado paso,
va caminando tal vez
el hombre con su esperanza,
eterno sol de su fe.
Y así la Maga y Adolfo,
ya el día al oscurecer,
caminan hacia el desierto
de la arrugada vejez.

Tristes y a espacio caminan
al crepúsculo del sol,
por medio de un campo estéril,
sin ave, fuente ni flor.

Las cumbres están nevadas,
y en espantoso turbión
se oyen bramar los torrentes
con honda y cóncava voz.

Silba el cierzo entre las peñas
que ostentan en derredor,
entre la nieve a pedazos
en lastimosa ilusión.

Allí una choza arruinada;
allá un templo que se hundió:

más allá un puente abrasado
o un hendido murallón.

Rastro del peso del tiempo
que fué pasando veloz,
descabezando en sus crestas
cuantas puntas encontró.

Áspera y postrer jornada,
dura peregrinación,
por donde nada se encuentra
amigo o consolador.

Apenas en los escombros
de arruinada población,
algunos pobres ancianos
dan a la vida un adiós.

Apenas entre los brezos
se topa un viejo pastor,
que apacienta unos ganados
que sólo esqueleto son.

Mas nadie sabe la historia
de lo que allí vegetó;
todos lloran los recuerdos
de su propio corazón.

Todos miran al risueño
alcázar encantador
que, al pasar por sus dominios,
la juventud les mostró.

¿Qué dejan? Sus ilusiones.
¿Qué lamentan? Su valor.
Nada de cuanto gozaron
al desierto les siguió.

Alguna vez aun deliran
con la halagüeña visión
de aquel palacio encantado
que falaz les hospedó.

Pero, al pensar en los cantos
que el deleite seductor
les murmuró en los oídos
en soñada predicción,

Doblan al suelo su frente
con incrédulo dolor,
diciendo, al ir su camino:
¡Mentira! Todo pasó.

Así por entre la nieve
cruzando el desierto van
Adolfo y la Maga, en lento
paso, por quebrado erial.

Cada vez más se avecinan
a las riberas de un mar
que al confín de aquella tierra
tendido en silencio está.

Es el agua turbia, inmoble,
cuyo fin se pierde allá
en un caos de profunda
insondable oscuridad.

Ni el viento al pasar la arruga,
ni en espumas de cristal,
en las húmedas arenas,
se viene a desmenuzar.

Ni escupe conchas de nácar,
ni en su extensa soledad
saltan avaros los peces
el ambiente a respirar.

No se alcanza de la playa,
por el perdido arenal,
más que una choza mezquina,
de estrecha concavidad

Cuya puerta desquiciada,
ya mohosa y desigual,
como párpado sin ojo,
mirando hacia el agua está.

Llegando allí, dijo Adolfo:
—No puedo, no puedo más;
entremos en esa choza
un momento a descansar.—

Entraron en la cabaña,
y a la débil claridad
con que alumbra todavía
un crepúsculo fugaz,

Hallaron un ancho espejo,
en cuyo limpio cristal
Adolfo vió con espanto
una sombra reflejar.

—¿De quién es aquella imagen?—
preguntó, en duda tenaz
con su memoria luchando,
recelando la verdad.

— Esa imagen es la tuya.
—Pues, ¿cómo mi frente ya
calva y arrugada miro,
y tan gastada mi faz?

¿No era ayer niño y hermoso
contigo, Esperanza, al dar,
cuando a despertar viniste
mi infantil curiosidad?

—Entonces naciste al mundo;
y el canastillo en que audaz
conmigo bogastes, era
tu cuna, Adolfo, no más.

Las brisas de mis promesas
lleváronte a desear,
y entraste por el camino
de la loca vanidad.

Así el valle de la vida
has venido a atravesar,
entre pensiles de flores
y palacios de cristal.

—¡Ay!—clamó Adolfo llorando—
que no los puedo olvidar,
ni a aquella reina orgullosa
a quien ya no veré más.

Así se pasa la vida
en gemir y en esperar

lo que buscamos en ella,
o lo que perdimos ya.

Esta choza es una puerta
de la oscura *eternidad*;
ese espejo es la *razón*,
y la *nada* es ese mar.

Todo aquí se desvanece;
nada hay delante y detrás.
Allá se queda la vida,
y los deleites allá.

Este es el punto por donde
se descubre la *verdad*,
y aquí, sólo la *esperanza*
aun con nosotros está.

VI

PLEGARIA

¡Blanca ilusión! ¡Benéfica esperanza!
Triste y última luz del corazón,
a cuyo tibio resplandor se alcanza
un *más allá* en el hondo panteón.

Tú sola nos alivias el camino
en que entramos al tiempo de nacer;
nuestro amargo destino es tu destino;
siempre amiga te hallamos por doquier.

Delante de ese espejo misterioso,
de nuestra nada ante el extenso mar,
aun vienes con semblante cariñoso
nuestra seca razón a consolar.

¡Oh! Tú nos doras la niñez tranquila,
enciendes nuestra ardiente juventud;

a vejez nos sostienes, que vacila
y aun ardes en el cóncavo ataúd.

Sol en la vida, lámpara en la muerte,
siempre nos vienes asistiendo en pos:
y, amiga fiel, nos dejas al perderte
al pie del trono del inmenso Dios.

¡Sol de mi vida! ¡Sin cesar conmigo
mis lentas horas alumbrando ven:
no apagues, no, tu resplandor amigo
mientras mis ojos en vigilia estén!

¡Lámpara de mi nicho solitario!
¡Baja conmigo al negro panteón,
y séanme los pliegues del sudario,
de sueño eterno santo pabellón!

LA PLEGARIA



LA PLEGARIA

Helos al pie de la cruz,
en oración reverente:
la virtud brilla en su frente
como la primera luz
del sol que alumbra en Oriente.

Niños tal vez desvalidos
que pasan desconocidos
con la inocencia en el alma,
como en desiertos perdidos
con sus racimos la palma.

Angeles acaso son
que, el mundo sin conocer,
llevan en el corazón
una sublime oración,
y las virtudes de ayer.

Sus ojos ven solamente
a través del blanco velo
que cerca el alma inocente,
vida en la tierra inclemente,
luz y armonía en el cielo.

Ven en el alba colores,
y en el llano hierba y flores;
sombra, del valle en la hondura,
y en el aire risueños,
y peñascos en la altura.

Para ellos, música el viento
es si las alas despliega,
si en las secas hojas juega
o entre las flores se pliega
con gracioso movimiento.

Y son las flotantes ramas,
del sol a las rojas llamas,
del prado verdes espumas,
de aérea serpiente escamas,
de águila terrestre plumas.

Y son los hombres hermanos,
y oran por ellos contentos,
hasta que los hombres vanos
pongan, leones hambrientos,
en su inocencia las manos.

Sabe ella que es virgen bella,
y él un ángel hechicero,
porque no dudan él ni ella
que *ella* es de virtud estrella,
y *él* de inocencia lucero.

Mas ¡ay! que del pedestal
a la sombra cobijado,
acaso un ojo carnal
está en la virgen posado,
con una idea brutal.

Y sobre la tez de rosa
la lágrima de dolor
que ella derrama piadosa,
el hombre la cree de amor,
y llama al ángel *hermosa*.

Que tal vez pintarse intenta
aquella avara pupila,
de torpes formas sedienta,
mil perfecciones que aumenta
en esa virgen tranquila.

Así incompletas y vanas
las cosas del mundo son,
que a turbar vienen livianas

esa angélica oración
con imágenes mundanas.

¿Por qué, pintor, ideaste
una plegaria tan bella,
si la cruz que levantaste
luego, pintor, la ultrajaste
pintando al hombre tras ella?

No digas quién la creó.
¡Que en ambos culpa no arguya!
Tú fuiste quien la pintó;
mas la malicia no es tuya,
que quien la escribe soy yo.

A UNA NIÑA



A UNA NIÑA

Niña que creces ufána,
flor temprana
de la vida en el vergel,
ostentando primorosa
flor pomposa
tus mil matices en él.

Ríe y canta mientras dura
la frescura
y la pompa de tu abril,
mientras luce claro el día
¡vida mía!
de tu fortuna infantil.

Que de vida y de luz lleno
hoy sereno
brilla espléndido tu sol,
y con vivo lampo dora
de tu aurora
el purísimo arrebol.

Ríe y canta: que este yerto
gran desierto
que llamamos mundo aquí,
aun guarda blandos olores,
ricas flores
y regalo para ti.

Aun en él para tu infancia
hay fragancia,
calma, sombra, fresco y paz,
sin que viento revoltoso
tempestuoso
interrumpa tu solaz.

Aun podrás colgar tu cuna
de la luna
al tranquilo resplandor,
mientras el aura estremece
y te adormece
con su canto el ruiseñor.

Aun podrás con tu sonrisa
blanda brisa
conjurar para dormir,
sin que turbe tu contento
un pensamiento
del dudoso porvenir.

Aun podrás en deliciosos
vaporosos
blancos sueños delírar,
sin temer que el desengaño
vele uraño
a tu lado al despertar.

Que los niños mientras os dura
la ventura
de la cándida niñez,
siempre halláis un seno amigo
que os da abrigo,
calma y defensa a la vez.

Ramas de amorosa hiedra
que a la piedra
que os ampara os acogéis,

pagándola en fortaleza
y en belleza
el favor que la debéis.

¡Ah! podéis tornar los ojos
sin enojos
ni zozobra criminal
a buscar un tierno abrazo
en el regazo
que os sustenta maternal.

Que sois ángeles los niños
como armiños
en pureza y en candor;
dulce prendas de consuelo
que en su duelo
da a los hombres el Criador.

Ríe y canta, niña hermosa,
flor pomposa
de la vida en el vergel;
ríe y canta mientras dura
la ventura
y la paz que hallas en él.

Ríe y canta tu alegre primavera,
mariposa de cándido color,
que te meces inquieta y pasajera
de árbol en árbol y de flor en flor.

Mientras puedes gozar, goza y delira;
mientras, en este yermo baladí,
la ráfaga que abrasa al que la aspira,
brisa te da consoladora a ti.

Goza, niña, tranquila y descuidada
las dulces horas que de amor te dan,
sin acordarte de la edad pasada,
ni del dudoso y venidero afán.

Goza, niña, en tan mágico embeleso
el puro halago del materno amor,
el labio atento al regalado beso
la frente tinta de infantil rubor.

Esa es tu dicha, tu placer, tu vida,
vivir amando, y para ti no hay más,
en el regazo maternal dormida,
sin ver delante y sin mirar atrás.

¡Oh, ven hermosa, a mis cansados brazos!
Yo quiero amarte y delirar también:
quiero gozar tus débiles abrazos,
besar tus labios y tu blanca sien.

¡Si tú alcanzaras a saber de un niño
los mimos inocentes lo que son,
y cuánto calma un infantil cariño
a amargura y pesar del corazón...!

Ven: Sentada en mis rodillas,
tus mejillas
amoroso besaré,
beberé en tus ojos bellos
cuanta vida encuentre en ellos,
y en su luz me miraré.

Si en mis brazos arrullada
fatigada
te pluguiera dormirar,
porque duermas muellemente
alzaré confusamente
algún lánguido cantar.

Y si alegre, entretenida
estás ¡mi vida!
escuchándome decir,

te contaré lindos cuentos
de hadas y encantamientos
que te halaguen al dormir.

Te diré historias tan bellas
que con ellas
sueñes, niña, sin cesar;
te diré cosas tan suaves
como el canto de las aves
y del aura el susurrar.

Ríe, niña, y canta ufana,
flor temprana
de la vida en el vergel;
ríe y canta mientras dura
el regalo y la ventura
y la paz que hallas en él.

Antes que tu edad contenta
la tormenta
desgarre alguna pasión,
ríe y canta mientras inerme
en la paz del tiempo duerme
encerrado el aquilón.

Mientras lejos de ti braman
y esparraman
las venturas del vivir
los mundanos vendavales,
tú las dichas terrenales
apresúrate a reír.

Ríe y canta, niña hermosa,
flor pomposa
de la vida en el vergel;
ríe y canta mientras dura
el regalo y la ventura
y la paz que hallas en él.

TOLEDO



TOLEDO

I

Negra ruinosa, sola y olvidada,
hundidos ya los pies entre la arena,
allí yace Toledo abandonada,
azotada del viento y del turbión.
Mal envuelta en el manto de sus reyes,
aun asoma su frente carcomida;
esclava, sin soldados y sin leyes
duerme indolente al pie de su blasón.

Hoy sólo tiene el gigantesco nombre,
parodia con que cubre su vergüenza;
parodia vil en que adivina el hombre
lo que Toledo la opulenta fué.
Tiene un templo sumido en una hondura,
dos puentes, y, entre ruinas y blasones,
un alcázar sentado en una altura
y un pueblo triste que vegeta al pie.

El soplo abrasador del cierzo impío
ciñó bramando sus tostados muros,
y, entre las ondas pálidas de un río,
una ciudad de escombros levantó.
Está Toledo allí: yace tendida
en el polvo, sin armas y sin gloria,
monumento elevado a la memoria
de otra ciudad inmensa que se hundió.

Alguna vez, sobre la noche umbría
de este montón de cieno y de memorias,
se levanta dulcísima armonía...
cruza las sombras cenicienta luz;
se oye la voz del órgano que rueda
sobre la voz del viento y de las preces;
una hora después apenas queda
un altar, un sepulcro y una cruz.

Apenas halla la tardía luna,
al través de los vidrios de colores,
el brillo de una lámpara moruna
colgada, al apagarse, en un altar;
apenas entreabierto una ventana
anuncia un ser que sufre, llora o vela;
que el pueblo sin ayer y sin mañana
yace inerte dormido ante el hogar.

Acaso al gemir del viento,
ese pueblo, en la alta noche,
alza el rostro macilento,
despertando con pavor;
fingiendo en la sombra oscura
la mal abierta pupila,
la transparente figura
de un fantasma aterrador.

Entonces en su memoria
se levantan confundidas
una bruja y una historia
de la santa religión,
mientras, en el polvo la frente,
a la bruja o a María
dirige indistintamente
su sacrílega oración.

Y en su ignorancia grosera
mezcla acaso en un ensueño
el nombre de una hechicera
con el nombre de Jehová.

Con el vaticinio inmundo
de un *saludador* infame,
el del Redentor del mundo
en torpe amalgama va.

La luna en tanto pasea,
cruzando el azul tranquilo,
y los despojos blanquea
de tanta generación:
esas páginas sin nombre,
cifras de un siglo ignorado,
que alzó la mano del hombre,
del hombre para baldón.

Esas santas catedrales,
cuyos pardos capiteles,
cuyos pintados cristales,
cuya bóveda ojival,
cuyo color ceniciento,
cuyo silencio solemne
cobijan por pavimento
una losa sepulcral.

Sobre ella los vivos cantan,
a par de ruidosa orquesta,
cantares que se levantan
hasta los pies del Señor;
sobre ella brota el perfume
que la atmósfera embalsama,
y en oblación se consume
oro y mirra al Criador.

Sobre ella, en noche lluviosa,
al bramar del viento bravo,
armonía misteriosa
en el templo se hace oír.
Es un cántico tremendo,
ronco, vago, agonizante;
una voz que está pidiendo
por los que van a morir.

Es la voz del himno santo,
del terrible *Miserere*,

cuyo monótono canto
miedo infunde al corazón;
y en la bóveda rodando,
saliendo al aire flotante,
al mundo va predicando
una santa religión.

Y bajo la piedra helada,
de los hombres que murieron
se oye la voz apagada
el triste salmo decir;
y la campana sonora,
remedándola en el aire,
con la voz de alguna hora
la hace en el aire morir.

II

Duerme ¡oh Toledo! en la espumante orilla
de ese torrente que a tus pies murmura;
que con agua pesada y amarilla
roe y devora tu muralla oscura;
que llora avergonzado tu mancilla,
tu perdida riqueza y tu hermosura,
y calla por piedad a las naciones
que yacen en su fondo tus blasones.

Duerme, sí, con tus fábulas sagradas,
los ángeles y brujas de tus cuentos,
las danzas de los santos con las fadas,
los misterios ocultos en los vientos;
duerme, sí, con tus farsas parodiadas,
prenda de tus señores opulentos:
sepulta en barro tu diadema de oro
y canta en derredor de tu tesoro.

Hubo unos días de gloria,
vanos recuerdos de ayer:

apenas hoy de esa historia
nos queda un *Zocodover*
u otro nombre en la memoria.

Ceñida entonces la plaza
de ancho tapiz toledano,
en la arena húmeda emplaza
un moro de noble raza
a algún capitán cristiano.

Vestidos están de flores,
que avergüenzan un jardín,
balcones y miradores;
cristales son de colores
los del Miramamolín.

Sólo abierto hay un balcón,
y es el balcón del Sultán,
y, armados de alto lanzón,
jinetes debajo están
por respeto a la función.

Y las musulmanas bellas,
detrás de las celosías,
muestran ocultas estrellas
sus ojos, que en tales días
no hubiera luces sin ellas.

¡Bellas son las orientales!
Delicados como espumas
sus prendidos y sus chales,
que mece en ondas iguales
un abanicos de plumas.

Por eso, celoso el moro,
tendió en sus ojos un velo;
que es más rico su tesoro
que el color azul del cielo,
teñido en franjas de oro.

Derraman desde la altura
aguas de olor en la arena,
que dan aroma y frescura,
y agitan el aura pura,
de aurora blanca y serena.

Y en redes de oro, colgadas
de las tres torres mayores,
de luz y de aire embriagadas,
cantan y vuelan cerradas
aves de gayos colores.

Gala del hombre de oriente
era la altiva Toledo:
hoy conserva solamente
cieno en la caduca frente,
y dentro del alma miedo.

La árabe *Zocodover*,
solitaria y carcomida,
puede apenas sostener
la memoria de su vida,
amenazando caer.

Hoy, a las cañas de moros,
a lo más ha reemplazado
con una farsa de toros,
y a los adufes sonoros
con los gritos de un mercado.

Y porque consuelo alguno
quedar a Toledo pueda,
robóle el tiempo importuno
hasta la alfombra de seda
del alto alcázar moruno.

III

Hoy, un templo de gótica estructura,
y escombros sin historias y sin nombre,
en su deforme y colosal figura
su sentencia mortal muestran al hombre.

Y es fama que se encienden todavía
en el templo las lámparas sagradas,
y que vibrar se escuchan noche y día
del órgano las notas aceradas.

Aun existe una página de roca
en que leer, deletreando apenas,

la era en que una tribu noble o loca
cesó de darnos timbres y cadenas.

Aun hay mirra, hay pebetes y hay alfombras
en que, a través de seda y pedrería,
alcanza el pensamiento entre las sombras
lo que Toledo la árabe sería.

Esos son los suntuosos funerales
de tanta gala, pompa y hermosura:
quedan, en vez de cantos orientales,
himnos al Dios que mora en el altura.

Ya no hay cañas ni torneos,
ni moriscas cantilenas,
ni entre las negras almenas
moros ocultos están;
hoy se ven sin celosías
miradores y ventanas;
no hay danzas ya de sultanas
en el jardín del sultán.

Ya no hay pájaros de Oriente
presos en redes de oro,
cuyo cántico sonoro,
cuyo pintado color
presten al aire armonía,
mientras en baño de olores
dormita, soñando amores,
el opulento señor.

No hay una edad de placeres
como fué la edad moruna;
igual a aquélla ninguna,
porque no puede haber dos;
pero hay, en gótica torre
de parda iglesia cristiana,
una gigante campana
con el acento de un Dios.

Hay un templo sostenido
en cien góticos pilares,

y cruces en los altares,
y una santa religión.

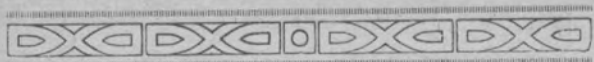
Y hay un pueblo prosternado
que eleva a Dios su plegaria
a la llama solitaria
de la fe del corazón.

IV

Hay un Dios cuyo nombre guarda el viento
en los pliegues del ronco torbellino;
a cuya voz vacila el firmamento
y el hondo porvenir rasga el destino.

La cifra de ese nombre vive escrita
en el impuro corazón del hombre,
y él adora en un árabe mezquita
la misteriosa cifra de ese nombre.

EL RELOJ



EL RELOJ

Es una verdad que parece sueño.

Cuando en la noche sombría,
con la luna cenicienta,
de un alto reloj se cuenta
la voz que dobla a compás;
si al cruzar la extensa plaza
se ve en su tarda carrera
rodar la mano en la esfera
dejando un signo detrás,

Se fijan allí los ojos,
y el corazón se estremece;
que, según el tiempo crece,
más pequeño el tiempo es;
que va rodando la mano
y la existencia va en ella,
y es la existencia más bella
porque se pierde después.

¡Tremenda cosa es pasando
oír entre el ronco viento
cuál se despliega violento
desde un negro capitel
el son triste y compasado
del reloj, que da una hora
en la campana sonora
que está colgada sobre él!

Aquel misterioso círculo,
de una eternidad emblema,
que está como un anatema
colgado en una pared,
rostro de un ser invisible
en una torre asomado
del gótico cincelado
envuelto en la densa red,

Parece un ángel que aguarda
la hora de romper el nudo
que ata el orbe, y cuenta mudo
las horas que ve pasar;
y avisa al mundo dormido,
con la punzante campana,
las horas que habrá mañana
de menos al despertar.

Parece el ojo del tiempo,
cuya viviente pupila
medita y marca tranquila
el paso a la eternidad;
la envió a reir de los hombres
la Omnipotencia divina;
creó el sol que la ilumina,
porque el sol es la verdad.

Así, a la luz de esa hoguera
que ha suspendido en la altura,
crece la humana locura,
mengua el tiempo en el reloj;
el sol alumbra las horas
y el reloj los soles cuenta,
porque en su marcha violenta
no vuelva el sol que pasó.

Tremenda cosa es, por cierto,
ver que un pueblo se levanta,
y se embriaga y ríe y canta
de una plaza en derredor;
y ver en la negra torre
inmóvil un reloj marcando

las horas que va pasando
en su báquico furor.

Tal vez, detrás de la esfera,
algún espíritu yace
que rápidamente hace
ambos punzones rodar.
Quizá, al declinar el día
para hundirse en Occidente,
asoma la calva frente
el universo a mirar.

Quizá, a la luz de la luna,
allá en la noche callada,
sobre la torre elevada,
a meditar se asentó;
y por la abierta ventana,
angustiado el moribundo,
al despedirse del mundo,
de horror transido le vió.

Quizá, asomando a la esfera,
las noches pasa y los días,
marcando la hora postrera
de los que habrán de morir;
quizá, la esfera arrancando,
asome el obscuro hueco
el rostro nervioso y seco
con sardónico reír.

¡Ay! que es muy duro el destino
de nuestra existencia ver
en un misterioso círculo
trazado en una pared.
Ver en números escrito
de nuestro orgulloso ser
la miseria... el polvo... nada,
lo que *será* nuestro *fué*.
Es triste oír de una péndola
el compasado caer,

como se oyera el ruido
de los descarnados pies
de la muerte que viniera
nuestra existencia a romper:
oir su golpe acerado,
repetido una, dos, tres,
mil veces, igual, continuo
como la primera vez.
Y en tanto por el Oriente
sube el sol, vuelve a caer;
tiende la noche su sombra,
y vuelve el sol otra vez,
y viene la primavera,
y el crudo invierno también:
pasa el ardiente verano,
pasa el otoño, y se ven
tostadas hojas y flores
desde las ramas caer.
Y el reloj, dando las horas
que no habrán más de volver,
y murmurando a compás
una sentencia cruel,
susurra el péndulo: ¡Nunca!
¡nunca! ¡nunca! vuelve a ser
lo que allá en la eternidad
una vez contado fué.

EL PUÑAL DEL GODO



EL PUÑAL DEL GODO

ACTO ÚNICO

Interior de la cabaña o ermita del monje Romano, sostenida en su centro por un pilar de madera o tronco de árbol, a cuyo pie hay dos asientos. A la derecha una pequeña hoguera, colocada bajo un respiradero que da salida al humo. Asientos groseros por la escena. Puerta a la izquierda, que da a otra habitación que se supone en la cabaña. Puerta en el fondo, abierta la cual se verá monte al resplandor de los relámpagos. Al levantarse el telón se ve su claridad por las junturas y se oye tronar a lo lejos. La hoguera y una tea alumbran la escena.

ESCENA PRIMERA

EL MONJE ROMANO (A la lumbre)

ERMIT.

¡Qué tormenta nos amagal
¡Qué noche, válgame el cielo!
Y esta lumbre se me apaga...
¡Si está lloviznando hiel!
Cuán grande a Dios se concibe
en aquesta soledad.
¿De quién sino de *Él* recibe
su aliento la tempestad?
¿Cuyo es el terrible acento
y el fulgor que centellea

cuando zumba airado el viento
y el cénit relampaguea?
¿Quién peñas y árboles hiende
con la centella veloz,
como segador que tiende
las espigas con su hoz?
¿Quién sino Dios, que se asienta
sobre las nubes sereno
cuando en las nubes revienta
el fragor del ronco trueno?
Señor, que de las alturas
de tu omnipotencia ves
a las pobres criaturas
que se arrastran a tus pies,
detén, Dios bueno, tus iras,
detén tu justo furor,
si justa saña respiras
contra la obra de tu amor.
Pudiste en un punto hacerla,
y tu inmensa potestad
puede en otro deshacerla
si tal es tu voluntad;
mas considera, Dios mío,
que vas a igualar así
al que se te aparta impío
y al que se postra ante ti.
(*Un momento de pausa.*)
Mas tanto tardar me extraña,
y estoy temiendo por él...
¿Por qué deja la cabaña
en una tarde tan cruel?
¡Válgame la Virgen Santa!
Si a espesar la lluvia empieza
¿cómo con segura planta
podrá subir la aspereza
de esa desigual garganta
por do la senda endereza?
¡Infeliz! ¡Cuánto en el mundo

lleva sin duda sufrido;
cuánto es su dolor profundo,
y cuánto está arrepentido!
Mas siento pasos... parece
(*Abre y dice afuera.*)
que llega ya... entrad ligero,
que la tempestad acrece.

ESCENA II

EL MONJE Y THEUDIA embozado

THEUD. Gracias.

ERMIT. Mas ¿quién se guarece
de esta choza?

THEUD. Un caballero.

(*Entra Theudia y se desemboza. Quedan mirándose un momento.*)

Sorprendido os hais quedado.

¿Qué es lo que tenéis, buen hombre?

ERMIT. ¿Y no queréis que me asombre
de que hayáis aquí llegado?

THEUD. En verdad que es aprensión
tener, como una cigüeña,
en la punta de esta peña
un hombre su habitación.

ERMIT. Mis votos me retrajeron
a esta triste soledad.

THEUD. ¡Monje sois! Oh, perdonad
mis palabras si os pudieron
ofender.

ERMIT. No, en modo alguno.

Acógime a esta montaña
sin creer que gente extraña
me hallara en tiempo ninguno.

THEUD. Si os estorbo...

ERMIT. (*Interrumpiéndole.*) Aparte Dios
tal pensamiento de mí.

Contento os tendré yo aquí,
como estéis contento vos.

THEUD. Yo estaré siempre contento,
que mil noches he pasado
peor acondicionado
en mitad del campamento.

ERMIT. ¿Soldado sois?

THEUD. Helo sido,
porque salí de mi tierra.

ERMIT. ¿Os cansaba ya la guerra?

THEUD. No; pero nos han vencido
merced a infames traidores,
y evito la suerte, huyendo
de vivir, esclavo siendo
de mis fieros vencedores.

ERMIT. Mas huir...

THEUD. Téngase, anciano;
contra ellos se alzó bandera,
y yo voy a donde quiera
que la defienda un cristiano.
(Pero fatigado estoy;
¿tenéis algo que cenar?

ERMIT. Fruta seca os puedo dar;
no os regalo.

THEUD. Sobrio soy.

(El Ermitaño le pone delante algunas frutas y una vasija con agua; Theudia come y bebe.)

ERMIT. Ea, pues, tomad, sentaos,
Dadme la capa os la cuelgo.

THEUD. Que así me tratéis me huelgo;
mas yo...

ERMIT. ~~Alone~~ No; vos calentaos,
que bien lo necesitáis.

THEUD. Buen viejo, por Dios que sí.

(El Ermitaño mira a la parte de afuera teniendo abierta la puerta.)

Pero, ¿qué hacéis, ¡pese a mí!
que esa puerta no cerráis?

¿No véis que empieza a llover
y el aire no hay quien resista?

ERMIT. Eso es lo que me contrista.

THEUD. ¿Pues qué nos da que temer?

ERMIT. Nada; por un compañero
siento en verdad pesadumbre.

THEUD. ¿Fuera está?

ERMIT. Sí.

THEUD. Ya costumbre
tendrá en ese ruin sendero.

ERMIT. ¡Ay infeliz! No lo sé.
Dios en sus pies ponga tino.

THEUD. ¿Pues no conoce el camino?

ERMIT. No siempre.

THEUD. Torpe es a fe.

ERMIT. Hablad de él con más respeto,
que aunque es hoy bien desdichado,
hombre es que no fué criado
de inectivas para objeto.

THEUD. Perdonad.

ERMIT. De ello no hablemos;
sabadlo, que no es demás.

THEUD. Si es que me juzgáis quizás
útil, descender podemos
a ayudarle.

ERMIT. No es preciso,
que todo el auxilio humano
le fuera ofrecido en vano;
mas estemos sobre aviso.
(*Va a la puerta otra vez.*)

THEUD. (*Aparte.*) ¡Si equivocado me habré
y a caer habré venido
en la cueva de un bandido!
(*Veamos.*) ¿Buen viejo?

ERMIT. (*Volviendo a la escena.*) ¿Qué?

THEUD. Yo, como soldado, soy
algo hablador y curioso.
Decidme, pues, si enojoso

con mis preguntas no estoy:
puesto que es un compañero
ese hombre a quien aguardáis,
¿por qué recelando estáis
que no dé con el sendero?

ERMIT. Porque es capaz por sí mismo,
si su demencia le apura,
de abrirse la sepultura
en el fondo de ese abismo.

THEUD. ¡Jesús! ¿La mente le falta?

ERMIT. De lo pasado, el recuerdo
le pone tan sin acuerdo,
que algunas veces le asalta
una fiebre tan cruel,
un delirio tan insano,
que no hallo remedio humano
que pueda acabar con él.
Y aunque, o engañado estoy,
o ningún acceso extraño
le ha acometido hace un año,
me temo que le dé hoy.

THEUD. ¿Y sabe de él la razón?

ERMIT. Guarda un silencio profundo
de lo que le hizo en el mundo
tan íntima sensación.

THEUD. Picáis mi curiosidad;
de historia debe ser hombre.

ERMIT. Me ha callado hasta su nombre.

THEUD. Padre, ¿os burláis?

ERMIT. No en verdad;

cinco años hace que vino
a demandarme asistencia
en una grave dolencia,
y estuvo a morir vecino;
mas sanó al fin, y tornar
no quiso al mundo otra vez,
viviendo en esta estrechez
con una vida ejemplar.

¡Oh! Si él su perdón no alcanza
con vida tan penitente,
no sé quién sea el viviente
que de ello tenga esperanza.

THEUD. ¿Mas no decís que está loco?

ERMIT. Dejóle su enfermedad
extrema debilidad
que hirió su cerebro un poco.
Y cuando en algún acceso
el desdichado no entra,
es un hombre en quien se encuentra
mucho valor, mucho seso;
mas cuando el mal le acomete,
¡oh! entonces es extremado.

THEUD. ¿Pero nunca os ha contado?

ERMIT. Jamás; y si se le mete
conversación de su historia,
según que tiembla y se espanta,
parece que se levanta
un espectro en su memoria.

THEUD. ¡Es bravo caso, a fe mía,
y que atención mé merece!
¿Y en qué da cuando enloquece?

ERMIT. En una horrible manía.
Tiene consigo una daga
que jamás del cinto quita,
y dice que está maldita
y que a su existencia amaga.
Y en su demencia al entrar,
exclama con gran pavor:
«Con ese puñal traidor,
con ese me ha de matar.»

THEUD. ¡Raro es por Dios! ¿Y conviene
con período o día alguno
fijo su mal?

ERMIT. Hoy es uno;
el más terrible que tiene.

THEUD. ¡Hoy!



- ERMIT. Por eso es mi recelo
mayor.
- THEUD. ¿Sabéis si ese hombre es
de esta tierra?
- ERMIT. ¿Portugués?
- THEUD. Creo que no.
- THEUD. ¡Por el cielo,
que a ser español podría
su demencia comprender!
- ERMIT. ¿Pero qué tiene que ver
ese mal con este día?
- THEUD. ¡Hoy es un día de hiel,
de luto, baldón y saña
para la infeliz España!
¡Y ay de quien fué causa de él!
Mas hablemos de otra cosa.
¿Vos sois portugués?
- ERMIT. Sí soy,
mas hace once años que estoy
morando aquí.
- THEUD. ¿Y no os acosa
el deseo de saber
lo que por el mundo pasa?
- ERMIT. Díome el dolor tan sin tasa
y con tal tasa el placer
ese mundo que mentáis,
que los días de mis años
conté en él por desengaños,
y huyo de él.
- THEUD. Y lo acertáis.
- ERMIT. Mas callad... oigo rumor
en la maleza. ¿Quién va?
- ROD. (Dentro.) Yo, hermano.
- THEUD. ¿Es él?
- ERMIT. Aquí está.

ESCENA III

EL ERMITAÑO, THEUDIA y DON RODRIGO, envuelto en una especie de clámide larga y entrando distraído, como meditando

ERMIT. Me habíais puesto en temor. (*A Don Rodrigo.*)

ROD. Gracias.

ERMIT. ¿Os perdisteis?

ROD. No.

ERMIT. ¿Visteis el nublado?

ROD. Sí.

ERMIT. ¿Y dónde ibais?

ROD. ¡Qué sé yo!

ERMIT. Traeréis frío.

ROD. Así, así.

ERMIT. Calentaos, pues.

ROD. Sí haré.

(*Al acercarse al fuego ve a Theudia, que escucha vuelto de espaldas a ellos.*)

(*Aparte al Ermitaño.*) ¿Pero quién con vos
[está?

ERMIT. Un viajero que poco ha
llegó aquí.

ROD. ¿Quién es?

ERMIT. No sé.

ROD. No os fieis de ningún hombre;
la doblez y la traición
abriga en el corazón
el de más prez y más nombre.

ERMIT. Mas ved...

ROD. Yo sé lo que digo;
preguntadle el suyo a ese,
y veré, mal que le pese,
si es amigo o enemigo.

ERMIT. De nosotros, ¿y por qué?
¿A quién jamás ofendimós?

ROD. Todos, padre, delinquimos;
ved de hablarle.

ERMIT. Sí que haré.

THEUD. (*Aparte.*) (No me gusta ese misterio
con que platican los dos.
Estaré alerta, por Dios,
que puede ser lance serio.)
(*Don Rodrigo va hacia el fuego, y aparta a
Theudia para poner su banquillo.*)

ROD. (*A Theudia.*) Haceos, buen hombre, allá.

THEUD. (Pues gasta gran cortesía.)

ERMIT. (*Aparte a Theudia.*)
(Quiere ese sitio, es manía.)

THEUD. Bien hace; en su casa está.
(*Aparte.*) (Mas ahora que bien le miro,
no es ésta la vez primera
que he visto esa faz severa...
¡Gran Dios! ¡Qué ideal... Eh, deliro.)
(*Un espacio de silencio.*)

ERMIT. (*A Theudia.*) Callado estáis.

THEUD. ¡Qué queréis!

¿De qué os tengo yo de hablar?

ERMIT. ¿Una historia no sabéis
que podernos relatar?

THEUD. Sé tantas, que duraría
mi relato un año entero;
mas hoy mentarlas no quiero,
que es para mí aciago día.

ROD. (*Con viveza y aire sombrío.*)
También para mí lo es.

THEUD. (*Idem.*) Y para todo español
lo será mientras el sol
alumbre.

ROD. (*Agitado.*) Decidme, pues.
¿Conque hoy es un día aciago
para España?

- THEUD. ¡Sí, por Dios!
Qué ¿no ha llegado hasta vos
la noticia de ese estrago?
- ERMIT. (*Queriendo interrumpirle.*)
En este desierto hundidos...
- ROD. (*Interrumpiéndole.*)
Dejadle, ¡pese a mi estrella! (*Al Ermitaño.*)
Dejadle que me hable de ella,
aunque hiera mis oídos.
¿Habéis en España estado? (*A Theudia.*)
- THEUD. Bajo su cielo he nacido.
- ROD. ¡Ay! Nacer os ha cabido
en país bien desdichado.
¿Qué pasa hoy en él?
- THEUD. ¿Qué pasa?
Presa de gente salvaje,
a quien rinde vasallaje,
y que la asuela y la arrasa.
Por dar entrada en su pecho
a una venganza de amor,
ha abierto un conde traidor
a los moros el Estrecho.
- ROD. Obró bien villanamente,
sí; ¡tómelo Dios en cuenta
a su rey tan tórpe afrenta,
tan gran traición a su gente!
- THEUD. Dicen que audaz le ultrajó
en su hija el rey don Rodrigo.
- ROD. Mas si era el rey su enemigo,
no lo era su reino, no.
- THEUD. Con moros hizo su flete,
y hoy hace años que en Jerez
se ahogó España de una vez
en el turbio Guadalete,
- ROD. Sí, allí lo perdimos todo;
debajo de su corriente
yace vergonzosamente
la gloria del reino godo.

¡Maldito quien fué concordia
con los árabes a hacer,
y maldita la mujer
ocasión de la discordia!

THEUD. ¡Sabéis esa historia!

ROD. Sí;
y me pesa el corazón.

THEUD. También a mí.

ROD. Y con razón.

THEUD. Sí, que su víctima fui.

ROD. Yo también.

THEUD. ¿Sois vos de España?

ROD. *(Reservándose de repente y con sequedad.)*

No lo sé.

THEUD. *(Afanoso.)*

Vos...

ROD. Basta ya.

THEUD. No, que atenazando está
mi memoria idea extraña. .
Yo en Guadalete me hallé.

ROD. Conmigo.

THEUD. Con vos. ¡Dios mío!

Hundirse le vi en el río,
y a ayudarle me arrojé;
pero ya no le vi más.

ROD. ¡Theudia!

THEUD. Señor. *(Queriendo arrodillarse.)*

ROD. Alza, ¡necio!

Del mundo soy ya desprecio.

THEUD. Pero de Theudia, jamás.

ROD. Padre, un escaso momento
dejadnos solos.

ERMIT. *(A Theudia.)*

Por Dios,
no le excitéis mucho vos.

THEUD. Descuidad; de su contento
no son excesos extraños,
que somos amigos viejos,

*(Creciendo el
interés en
ambos.)*

y de nuestra patria lejos
nos vemos tras largos años.

*(El Ermitaño entra en el interior de la caba-
ña por la izquierda.)*

ESCENA IV

DON RODRIGO y THEUDIA (Llueve)

ROD. Háblame de mi España, Theudia amigo;
háblame de ella tú, que fuiste el solo
en quien traición tan fea no halló abrigo,
en quien tu pobre rey no encontró dolo.
Dime, ¿conserva aún el pueblo hispano
recuerdo alguno de la antigua gloria?
¿Qué piensa del vencido soberano?
Theudia, ¿qué sitio ocupa en su memoria?

THEUD. No me lo preguntéis.

ROD. ¡Ah! Te comprendo;
me culpa sólo a mí.

THEUD. Sois el vencido.

ROD. Desengaño es a un rey, duro y tremendo.
¿Conque sólo me dan?...

THEUD. Mengua u olvido.

Mas basta ya, que vuestro afán entiendo.
¿Y cómo os hallo aquí?

ROD. Triste es mi historia,
Theudia.

THEUD. Y la mía.

ROD. Y yo, ¿cómo te hallo?

THEUD. Huyendo de los moros.

ROD. ¿La victoria
llevan?

THEUD. Ya es nuestro pueblo su vasallo.

ROD. ¡Tierra infeliz!

THEUD. Si, a fe. Toda la ocupan
esos infieles ya.

ROD. ¿Ya nada resta?

THEUD. Un rincón en Asturias, do se agrupan
los que escaparon de la lid funesta.

ROD. ¿Pero podrán allí?...

THEUD. No pueden nada,
por más que de ira y de venganza rayo,
levantó su pendón con alma osada
vuestro valiente primo don Pelayo.

ROD. ¿Y mis nobles con él?

THEUD. No, no hay ninguno.

ROD. ¡Ninguno dices!

THEUD. Perecieron todos
a manos de los moros uno a uno.

ROD. ¿Qué resta, pues, de los ilustres godos?

THEUD. Vos y yo nada más; porque no cuento
al que con vil traición nos ha vendido.

ROD. ¿Aún vive don Julián?

THEUD. Para escarmiento
de los que a sus contrarios han servido.

ROD. ¡Vive! ¿Y qué es ora de él?

THEUD. En una torre
estuvo largo tiempo, mas con maña
huyó de allí... Su estrella le socorre.

ROD. Sí, sí; mi estrella, tan fatal a España.
¡Ay, bien mi corazón me lo decía:
su estrella marcha con la estrella mía!

THEUD. ¿Qué es lo que habláis, señor?

ROD. Es mi secreto.
(No para tí, de mi amistad objeto.)

Es agüero fatal que a fin terrible
de mi existencia el término ha sujeto.

THEUD. ¡Y en agüeros creéis! Es imposible.

ROD. Theudia, son los destinos celestiales
inmutables, y es justo su castigo
para los que han causado tantos males
en la tierra, cual yo.

THEUD. Soñáis os digo.

El noble osado que su suerte afronta,
hace cejar a su enemiga suerte,

o halla tranquilidad segura y pronta
en el reposo de gloriosa muerte.
Eso es superstición.

ROD. Yo ya sabía
que el insensato mundo
miedo o superstición lo llamaría.
¡Mas ¡ay! que es la verdad!

THEUD. Y a ese villano...

ROD. El cielo, de los godos enemigo,
para que acabe al fin, guarda su mano
con todos de una vez dando conmigo.

THEUD. ¡Ay si yo doy con él! En la frontera
le perdí.

ROD. ¿Le seguiais?

THEUD. Desde el día
que vi frente a las nuestras su bandera,
vengar de ello juré a la patria mía.
Y de soldado suyo disfrazado,
de aventurero ya, ya de mendigo,
fui su sombra doquier, doquier he estado
de él en acecho, y la traición conmigo.
Mas un poder oculto le defiende;
jamás en ocasión hallarme pude.

ROD. En vano, sí, tu lealtad pretende
que el cielo en ello vengador te ayude.

THEUD. ¡Ay si me vuelvo a ver sobre su huella!
¡Ay si algún día mi furor le alcanza!
No ha de valerle contra mí su estrella.
Será, como él, traidora mi venganza.

ROD. No, Theudia, es imposible... inútil brío.
Oye, y esta conserva en tu memoria
página triste, de mi triste historia.
Al salir de las aguas de aquel río
do me viestes caer sin la victoria,
y en cuya agua se hundió cuanto fué mio,
abandoné el caballo y la armadura,
cambié con un pastor mi vestidura,
y con todo el pesar del vencimiento,

despechado me entré por la espesura,
cual de esperanzas ya, falto de aliento.
¡Cuánto, Theudia, sufrí! Triste, perdido,
de mi reino crucé por las llanuras
en hambre y soledad, como un bandido
que huyendo de la ley camina a oscuras.
Era la hora en que la luz se hundía
tras las montañas, y la niebla densa
por todo el ancho de la selva umbría
iba tendiendo su cortina inmensa.
Con el cansancio y el temor y el duelo,
fiebre traidora me abrasaba ardiente,
sin ver dónde acudir en aquel suelo
en que nunca tal vez habitó gente.
Cuanto con más esfuerzos avanzaba
viendo si al llano por doquier salía,
más la selva a mis pasos se cerraba,
más en la negra oscuridad me hundía.
Un vértigo infernal apoderóse
de mi alma... y sin luz y sin camino,
a mi exaltada mente presentóse
toda la realidad de mi destino.
Rey sin vasallos, sin amigos hombre,
en mi raza extinguido el reino godo,
sin esperanza, sin honor, sin nombre,
perdido, Theudia, para siempre todo.
¡Cuán odioso me vi! Despavorido
a pedir empecé con grandes voces
auxilio en el desierto; mas perdido
fué mi acento en las ráfagas veloces
a expirar en los senos del espacio...
y a impulso entonces del furor interno,
maldiciendo mi estirpe y mi palacio,
con sacrílega voz llamé al infierno.

THEUD. ¡Cielos!

ROD.

Y él me acudió; sulfúrea lumbre
rauda encendió relámpago brillante,
y en mi pecho siniestra incertidumbre.

Sentí algo juntó a mí; miré un instante,
y a la sulfúrea luz, monje sombrío
a mi lado pasó, y a su presencia
tembló mi corazón, cedió mi brío.
Pedíle amparo, mas fatal sentencia
me fulminó diciendo: «Vaya, impío,
que él, a quien deshonró tu incontinencia,
vendrá de crimen y vergüenza lleno,
con tu mismo puñal, a hendir tu senol»
Dijo, y entre la niebla arrebatado
huyó el fantasma y me dejó aterrado.

THEUD. Sueño vuestro, fantasma peregrino
fué de la calentura abrasadora.

ROD. No, Theudia; voz de mi fatal destino.
Mientras ese hombre esté sobre la tierra,
Theudia, no hay para mí paz ni reposo;
doquiera el paso sin piedad me cierra
ese espectro a mi raza peligroso.
¿Ves el puñal que cuelga en mi cintura?
con él me ha de matar, es mi destino;
Theudia, no hay tierra para mí segura;
ese hombre ha de bajar por mi camino.

THEUD. ¡Y eso creéis!... Calládselo a la gente,
y toleradme en paz esta franqueza.
Mas vuestra vida austera y penitente
amenguó de vuestra alma la grandeza,
y amenguó la razón de vuestra mente,

ROD. Tiene en mi corazón sacro prestigio,
Theudia, te lo confieso, y me amedrenta
aquella predicción y aquel prodigio.

THEUD. ¡Prodigio lo llamáis! ¿Y no os afrenta
tal vil superstición?

ROD. Sea en buen hora,
mas creo en ella; a ser fascinadora
de la mente aprensión, desapareciera
con el tiempo; el ayuno y el cilicio
arrancado a la mente se la hubiera.

THEUD. La arrancara mejor trompa guerrera

y de la lid revuelta el ejercicio.
Eso cumple mejor a vuestra raza;
en vez de esta cabaña y ese sayo,
la blanca tienda y la ferrada maza,
y el bruto cordobés, hijo del rayo,
Sí; mientras viva Theudia y por amigo
queráis tenerle, con bizarro alarde
os dirá, de la paz siempre enemigo,
que el noble que no lidia es un cobarde.
¡Traidor!

ROD.

THEUD.

¡Hola! Vuestra alma se despierta
a la voz del honor; así os quería:
veo que aun vuestra sangre no está muerta,
y alienta el corazón con hidalguía.
Escuchadme, señor, y ved despacio
el peso y la razón de lo que os digo,
que es mengua, sí, que quien nació en palacio
aguarde con pavor a su enemigo.
Perdido estáis, sin esperanza alguna;
no hay para vos ni fuerza ni derecho;
no hay para vos ni gente ni fortuna;
el moro vuestro ejército ha deshecho,
y atropelló a la cruz la media luna;
mas hay un corazón en vuestro pecho
que a vuestro antiguo honor cuentas demande,
y un corazón de rey debe ser grande.
Si a las manos morir es vuestro sino
de ese conde traidor que nos vendiera,
la mitad evitadle del camino
tras él saliendo con audacia fiera.
Provocad con valor vuestro destino;
con él trabaos en la lid postrera,
y arrostrad ese sino que os espanta
vuestro puñal hundiendo en su garganta.
Ya no tenéis ni ejércitos ni enseñas,
mas os resta un amigo y un vasallo,
y las lunas del mundo no son dueñas,
ni es de la suerte irrevocable el fallo.

- Dejad, pues, el misterio de estas breñas;
así os de una lanza y un caballo,
y con caballo y lanza, y yo escudero,
si no podéis ser rey, sed caballero.
- ROD. Basta, Theudia; ese bélico lenguaje
cumple a los corazones bien nacidos,
y en el mío despiertan el coraje
de tus fieras palabras los sonidos.
Sangre me pide mi sangriento ultraje,
sangre mis tercios en Jerez vencidos.
Theudia, tienes razón; de cualquier modo,
morir me cumple cual monarca godo.
Sí; ya a mi olfato y mis oídos siento
que trae el aura que las riendas mece
el militar olor del campamento
y el clamar de la lid que se embravece,
y del clarín agudo el limpio acento
que a los nobles caballos estremece;
y esa guerrera y bárbara armonía
la prez me torna de la estirpe mía.
Indigna es de un monarca y un guerrero
esta debilidad que me avergüenza;
de mi superstición reirme quiero;
no quiero, Theudia, que el pavor me venza.
- THEUD. Dos sendas hay, y por cualquiera os sigo:
buscar al conde y perecer vengado,
o guareceros del pendón amigo
y acabar con honor como soldado.
- ROD. Cumple eso más al corazón que abrigo;
Theudia, olvidémonos de lo pasado,
y en la desgracia de rencor ajenos,
bajemos a la tumba de los buenos.
Esta arma vil que a mi existencia amaga,
quédese aquí después de mi partida,
(Clava el puñal en el poste que sostiene la
choza.)
y quede en este tronco, con mi daga,
enclavado el misterio de mi vida.

¿Dices que ha levantado en la montaña
pendón un noble, de venganza rayo?
Pues bien, ¿qué hacemos en la tierra extraña?
¡Lejos de mí mi penitente sayo!

*Vamos, Theudia, a lidiar por nuestra España,
y a triunfar o caer con don Pelayo;
no diga nunca el mundo venidero
que ni supe ser rey, ni caballero.

THEUD.

¡Ahora os conozco, vive Dios!

ROD.

Mañana

partiremos a Asturias.

THEUD.

Franco paso

nos dará el Portugal que nos dió asilo.

ROD.

Hasta mañana, pues; duermo tranquilo.

Duerme, Theudia.

THEUD.

Señor, ¿velando acaso

vais a quedar mi sueño?

ROD.

Desde ahora

no hay de los dos segundo ni primero.

THEUD.

Señor...

ROD.

Déjame solo hasta la aurora;

pues no soy más que un pobre aventurero,

seré, en vez de tu rey, tu compañero.

(Vase Theudia al aposento contiguo de la izquierda.)

ESCENA V

DON RODRIGO

ROD.

Bien dice ese leal, Más vale al cabo
caer en una lid por causa extraña,
que de servil superstición esclavo,
llorar imbécil la perdida España.
Saldré otra vez al agitado mundo
con mi contraria suerte por herencia,
velando en el misterio más profundo
el secreto fatal de mi existencia.

Nada soy, nada tengo, nada espero;
encerrado desde hoy en mi armadura,
seré en mi propia causa aventurero,
sin esperar jamás prez ni ventura.
Mas al caer lidiando en la campaña,
al pueblo diga mi sangrienta huella:
«Ved; si no supo defender a España,
supo a lo menos sucumbir por ella.»
Mas ¡ay, triste de mí! Mi pueblo mismo,
que me tiene en horror, con frío encono
me verá descender hacia el abismo
como me ha visto descender del trono.
Sí; aplaudiendo tal vez mi sino adverso...
y todo es obra tuya, conde infame;
por ti desprecio soy del universo.
Fuerza es que sangre nuestra se derrame.
(*Viendo el puñal.*)

Mas, Dios Santo, ¡ahí estás! Húyeme; aparta,
sueño fascinador, que esquivo en vano;
nunca de sangre de los godos harta,
esta daga fatal busca una mano.
La de uno de ambos... tigre vengativo,
ser exterminador de mi familia;
uno solo de entrambos quede vivo,
veamos el infierno a quién auxilia.
Mi razón, mi creencia lo repele;
mas nunca echar de mí puedo esta idea;
ese día fatal, ¡oh infierno!, impele;
tráenosle de una vez, y pronto sea.
Vértigo horrible el corazón me acosa,
sed de su sangre el corazón me irrita...
¡O huye por siempre, pesadilla odiosa,
o ante mis ojos ven, sombra precital
(*Ábrese la puerta con ímpetu, y al par que ilumina el fondo un relámpago, entra en la escena el conde don Julián.*)

ESCENA VI

DON RODRIGO y EL CONDE

CONDE. Gracias al diablo que llegué a la cumbre.

ROD. ¿Quién es? ¿Do va? ¿Qué busca? ¿Quién le
[trae?

CONDE. ¡Rápido preguntar! Mas si es costumbre,
oid. Un hombre, a Portugal y lumbre
para secarme del turbión que cae.
¿Hay más que preguntar?

ROD. Mal humor gasta.

CONDE. Lo mismo que pregunta le respondo.
¿Tiene algo de cenar?

ROD. Nada.

CONDE. Pues basta.
La cuestión por mi parte ha dado fondo.
(*Se sienta con calma a la lumbre.*)

ROD. Desatento venís donde os alojan.

CONDE. Pues sin brindarme vos yo me aparezco,
y esos nublados hasta aquí me arrojan,
ni vos me lo ofrecéis, ni os la agradezco.

ROD. Me obliga, por mi fe, la cortesía,
mas no soy hombre que a sufrir me avengo
razones de tamaña altanería.

CONDE. Tampoco yo, que despechado vengo,
y harto estoy de la vida.

ROD. Y yo lo mismo.

CONDE. Yo tras la muerte con deseo insano
debo partir mañana muy temprano.

ROD. Y yo también.

CONDE. ¿Y adónde?

ROD. A España.

CONDE. De ella
vengo.

ROD. ¿Sois de ella?

CONDE. Por desdicha mía.

ROD. Cúpome a mí también tan mala estrella.

CONDE. Que la mía peor nunca sería.

ROD. Puede que sí.

CONDE. Lo dudo.

Rod. Allí he perdido

cuanto amé.

CONDE. Yo también.

Padres, hermanos.

CONDE. Yo también.

Rod. Mis amigos me han vendido.

CONDE. También a mí.

Rod. Fuí mofa a los villanos.

CONDE. También yo.

ROD. Y el honor de mis blasones

ultrajó un hombre vil.

CONDE. Y otro los míos.

ROD. Yo he tenido que huir.

CONDE. Como ladrones

nos desbandamos, sin poder ni bríos,

mis soldados y yo. Todos ingratos

me han sido a mí.

ROD. Y a mí todos traidores.

CONDE. Nada espero.

ROD. Ni yo. Mas pienso a ratos

en venganzas horribles.

CONDE. No mayores

que las mías serán.

ROD. ¡Oh! Sí. Son tales,

que vértigos terribles me producen.

CONDE. Los míos a la rabia son iguales.

ROD. Y los míos a España me conducen

nada más que a morir.

CONDE. Y a mí lo mismo;

vengo a buscar un hombre a quien detesto,

y ante uno de los dos se abre el abismo.

ROD. Yo busco a otro hombre para mí funesto,

y guardo ese puñal de mi familia
que del uno es el fin de todos modos.
(*El conde lo mira y lo reconoce. Esto depende
de los actores.*)

CONDE. ¿Es tuyo ese puñal?

ROD. Sí.

CONDE. ¡Dios me auxilia!

Ese hierro es la muerte de los godos.

ROD. Godo soy.

CONDE. Yo también, mas su enemigo.

ROD. ¿Quién hará de ello ante mi vista alarde?

CONDE. ¡Tú eres el torpe rey!...

ROD. ¡Tú el vil cobardel!...

CONDE. Yo el conde don Julián.

ROD. Yo don Rodrigo.

(*Quedan un momento contemplándose.*)

CONDE. Nos hallamos al fin.

ROD. Sí, nos hallamos.

Y ambos a dos execración del mundo,
la última vez mirándonos estamos.

CONDE. Eso apetece mi rencor profundo.
Mírame bien; sobre esta faz, Rodrigo,
echaron un baldón tus liviandades,
y el universo de él será testigo,
y tu torpeza horror de las edades.

ROD. Culpa fué de mi amor la culpa mía;
de Florinda me abona la hermosura;
mas ¿quién te abonará tu villanía?

CONDE. De mi misma traición la desventura.
Deshonrado por ti, perdilo todo;
mas no saciaba mi venganza fiera
tu afrenta nada más, menester era
toda la afrenta del imperio godo.

ROD. ¡De un traidor como tú fué digna hazaña!
Cumplieras con tus viles intenciones
yendo a matarme con silencio y maña,
o contra mí sacaras tus pendones
y bebieras mi sangre en la campaña,

mi corazón echando a tus legiones;
mas no lograrás con tan necio encono
vender a España por hollar mi trono.

CONDE. Todo lo ansiaba mi tremenda saña;
no hartaba mis sangrientas intenciones
beber tu sangre con silencio y maña,
o en contra tuya levantar pendones;
dar quise tu lugar a estirpe extraña,
y tu raza borrar de las naciones;
eso quería mi sangriento encono,
vender tu reino y derribar tu trono.

ROD. ¡Y lo lograste!

CONDE. Si; logré que al cabo
el mundo a ambos a dos nos aborrezca,
a ti de torpes vicios por esclavo,
y a mí por mi traición, nos escarnezca.

ROD. ¡Tanta maldad de comprender no acabo!

CONDE. Hice más.

ROD. Imposible es ya que crezca
tu infamia.

CONDE. Escucha, pues, ¡oh rey Rodrigo!
a cuanto llega mi rencor contigo.
Yo solo quedo de mi raza; presa
los demás de los moros, a pedradas
fué muerta ante mis ojos la condesa,
y a la par arrojados a lanzadas
mis hijos de Tarifa en la sorpresa;
mas te traigo una nueva, que pagadas
deja de todas las desdichas mías;
supe tiempo ha que en Portugal vivías.

ROD. ¡Dios!

CONDE. Por un monje que te halló en la selva.

ROD. ¡Un monje! (*Con temor.*)

CONDE. Si; mi hermano, cuyos votos
le impiden hoy que contra ti se vuelva,
mas cuya astucia para siempre rotos
los anillos dejó de mis cadenas
para seguir tus pasos noche y día,

y para que la sangre de tus venas
la mancha lave de la afrenta mía.

ROD. ¿Y es cierto? ¿Y ese monje era tu hermano?
¿Era un hombre no más? ¡No era un fatasma!
¿Nada había en su ser de sobrehumano?

CONDE. ¡Que tal preguntes en verdad me pasma!
El me salvó, y me dijo: «Ve a buscarle;
mas antes de matarle,
dile que su castísima Egilona
con su amor ha comprado otra corona.»

ROD. ¡Mi esposa!

CONDE. Sí; Abdalasis te la quita,
o por mejor decir, vendiósela ella.
Y bien la raza en que nació acredita,
y de su esposo bien sigue la huella.
(Con mofa.) Una reina cristiana, favorita
de un árabe,... ¡oh, nació con brava estrella!
No penes, pues, por tan leal patrona,
que esposo no la falta, ni corona.

ROD. Basta, basta, traidor; la estirpe goda
deshonrada por ti, por ti vendida,
clama sedienta por tu sangre toda.
*(Don Rodrigo va a coger el puñal que está
clavado en el poste, pero el conde don Julián
se adelanta y lo toma. Don Rodrigo retrocede
dos pasos con supersticioso temor.)*

CONDE. Con la tuya a la par sea vertida.
El mismo cieno nuestro timbre enloda,
la misma tumba nos dará cabida.
*(El Conde se arroja sobre don Don Rodrigo,
mas Theudia se presenta de repente entre los
dos con la hacha de armas empuñada.)*

ESCENA ÚLTIMA

DON RODRIGO, EL CONDE DON JULIÁN, THEUDIA
y EL ERMITAÑO

THEUD. ¡Mientes! Aun queda quien su honor repare
y del traïdor al infeliz separe.
(Da al Conde un golpe mortal y cae.)

ROD. ¡Theudia!

THEUD. Señor, cumplí conmigo mismo
que al vengaros a vos vengué a la España.

ROD. ¡Gracias, Theudia! Hoy me arranca tu heroísmo
mi ruin superstición, a un noble extraña.
Sí; mi pavor con él baje al abismo;
partamos con Pelayo a la montaña,
y logremos, ¡oh Theudia!, por lo menos,
morir en nuestra patria como buenos.
(Al Ermitaño.) ¡Padre, dad a ese tronco sepul-
donde repose en paz; mi justo encono [tura
no pasa, no, de su mansión oscura,
aunque el honor de España esté en mi abono!
Yo vuelvo al campo, a la la pelea dura,
y aunque muera y sin huestes y sin trono,
siempre ha de ser, para quien muere honrado,
tumba de rey la fosa del soldado.
(Vase con Theudia y cae el telón.)

FIN DEL DRAMA

A BUEN JUEZ MEJOR TESTIGO



A BUEN JUEZ MEJOR TESTIGO

TRADICIÓN DE TOLEDO

I

Entre pardos nubarrones
pasando la blanca luna,
con resplandor fugitivo
la baja tierra no alumbra;
la brisa con frescas alas
juguetona no murmura,
y las veletas no giran
entre la cruz y la cúpula:
tal vez un pálido rayo
la opaca atmósfera cruza,
y unas en otras las sombras
confundidas se dibujan.
Las almenas de las torres
un momento se columbran,
como lanzas de soldados
apostados en la altura.
Reverberan los cristales
la trémula llama turbia,
y un instante entre las rocas
riñela la fuente oculta.
Los álamos de la vega

parecen en espesura,
de fantasmas apiñados
medrosa y gigante turba;
y alguna vez desprendida
gotea pesada lluvia,
que no despierta a quien duerme
ni a quien medita importuna.
Yace Toledo en el sueño
entre la sombra cónfusa,
y, el Tajo a sus pies pasando,
con pardas ondas la arrulla.
El monótono murmullo
sonar perdido se escucha,
cual si por las hondas calles
hirviera del mar la espuma.
¡Qué dulce es dormir en calma
cuando a lo lejos susurran
los álamos que se mecen,
las aguas que se derrumban!
Se sueñan bellos fantasmas
que el sueño del triste endulzan;
y, en tanto que sueña el triste,
no le aqueja su amargura.

Tan en calma y tan sombría
como la noche que enluta
la esquina en que desemboca
una callejuela oculta,
se ve de un hombre que aguarda
la vigilante figura;
y tan a la sombra vela,
que entre la sombra se ofusca.
Frente por frente a sus ojos,
un balcón a poca altura
deja escapar por los vidrios
la luz que dentro le alumbra,
mas ni en el claro aposento,
ni en la callejuela oscura,

el silencio de la noche
rumor sospechoso turba.
Pasó así tan largo tiempo,
que pudiera haberse duda
de si es hombre, o solamente
mentida ilusión nocturna;
pero es hombre, y bien se ve,
porque con planta segura,
ganando el centro a la calle,
resuelto y audaz pregunta:
—¿Quién va?—y a corta distancia
el igual compás se escucha
de un caballo que sacude
las sonoras herraduras.
—¿Quién va?—repite; y, cercana
otra voz menos robusta
responde:— Un hidalgo. ¡Calle!—
y el paso el bruto apresura.
—¡Téngase el hidalgo!—el hombre
replica, y la espada empuña.
—Ved más bien si me haréis calle—
repusieron con mesura;—
que hasta hoy a nadie se tuvo
Iván de Vargas y Acuña.
—Pase el Acuña, y perdone—
dijo el mozo en faz de fuga;
pues, teniéndose el embozo,
sopla un silbato y se oculta.
Paró el jinete a una puerta,
y con precaución difusa
salió una niña al balcón
que llama interior alumbra.
¡Mi padre!—clamó en voz baja;
y el viejo en la cerradura
metió la llave, pidiendo
a sus gentes que le acudan.
Un negro por ambas bridas
tomó la cabalgadura;

cerróse detrás la puerta
y quedó la calle muda.
En esto, desde el balcón,
como quien tal acostumbra,
un mancebo por las rejas
de la calle se asegura.
Asió el brazo al que apostado
hizo cara a Iván de Acuña,
y huyeron en el embozo
velando la catadura.

II

Clara, apacible y serena
pasa la siguiente tarde,
y el sol, tocando su ocaso,
apaga su luz gigante.
Se ve la imperial Toledo
dorada por los remates,
como una ciudad de grana
coronada de cristales.
El Tajo por entre rocas
sus anchos cimientos lame,
dibujando en las arenas
las ondas con que las bate.
Y la ciudad se retrata
en las ondas desiguales,
como en prendas de que el río
tan afanoso la bañe.
A lo lejos en la vega
tiende galán, por sus márgenes,
de sus álamos y huertos
el pintoresco ropaje;
y porque su altiva gala
más a los ojos halague;
la salpica con escombros
de castillos y de alcázares.
Un recuerdo es cada piedra
que toda una historia vale,

cada colina un secreto
de príncipes o galanes.
Aquí se bañó la hermosa
por quien dejó un rey culpable
amor, fama, reino y vida
en manos de musulmanes.

Allí recibió Galiana
a su receloso amante,
en esa cuesta que entonces
era un plantel de azhares.

Allá, por aquella torre
que hicieron puerta los árabes,
subió el Cid sobre Babieca,
con su gente y su estandarte.

Más lejos se ve al castillo
de San Servando, o Cervantes,
donde nada se hizo nunca
y nada al presente se hace.

A este lado está la almena
por do sacó vigilante
el conde Don Peranzules
al rey, que supo una tarde
fingir tan tenaz modorra,
que político y constante
tuvo siempre el brazo quedo,
las palmas al horadarle.

Allí está el Circo romano,
gran cifra de un pueblo grande,
y aquí la antigua Basílica
de bizantinos pilares,
que oyó en el primer Concilio
las palabras de los Padres
que velaron por la Iglesia
perseguida o vacilante.

La sombra en este momento
tiende sus turbios cendales
por todas esas memorias
de las pasadas edades,

y del Cambrón y Visagra
los caminos desiguales,
camino a los toledanos
hacia las murallas abren;
los labradores se acercan
al fuego de sus hogares,
cargados con sus aperos,
cansados de sus afanes.
Los ricos y sedentarios
se tornan con paso grave,
calado el ancho sombrero,
abrochados los gabanes;
y los clérigos y monjes,
y los prelados y abades,
sacudiendo el leve polvo
de capelos y sayales.
Quédase sólo un mancebo
de impetuosos ademanes,
que se pasea ocultando
entre la capa el semblante.
Los que pasan le contemplan
con decisión de evitarle,
y él contempla a los que pasan
como si a alguien aguardase.
Los tímidos aceleran
los pasos al divisarle,
cual temiendo, de seguro,
que les proponga un combate;
y los valientes le miran
cual si sintieran dejarle
sin que libres sus estoques
en riña sonora dancen.
Una mujer también sola
se viene el llano adelante,
la luz del rostro escondida
en tocas y tafetanes.
Mas, en lo leve del paso
y en lo flexible del talle,

puede a través de los velos
una hermosa adivinarse.

Váse derecha al que aguarda,
y él al encuentro la sale
diciendo... cuanto se dicen
en las citas los amantes.

Mas, ella galanterías
dejando severa aparte,
así al mancebo interrumpe
en voz decisiva y grave:

—Abreviemos de razones,
Diego Martínez: mi padre,
que un hombre ha entrado, en su ausencia,
dentro mi aposento sabe;

y así, quien mancha mi honra,
con la suya me la lave:

o dadme mano de esposo,
o libre de vos dejadme.—

Miróla Diego Martínez
atentamente un instante,
y, echando a un lado el embozo,
repuso palabras tales:

—Dentro de un mes, Inés mía,
parto a la guerra de Flandes;
al año estaré de vuelta,
y contigo en los altares.

Honra que yo te desluzca,
con honra mía se lave;
que por honra vuelven honra
hidalgos que en honra nacen.

—Júralo—exclamó la niña.

—Más que mi palabra vale
no te valdrá un juramento.

—Dalo por jurado y baste.

—No me basta, que olvidar
puedes la palabra en Flandes.

—¡Voto a Dios! ¿Qué más pretendes?

—Que a los pies de aquella imagen

lo jures como cristiano,
del Santo CRISTO delante. —
Vaciló un punto Martínez;
mas, porfiando que jurase,
llevóle Inés hacia el templo
que en medio la vega yace.
Enclavado en un madero,
en duro y postrero trance
ceñida la sien de espinas,
descolorido el semblante,
víase allí un Crucifijo
teñido de negra sangre
a quien Toledo devota
acude hoy en sus azares.
Ante sus plantas divinas
llegaron ambos amantes,
y haciendo Inés que Martínez
los sagrados pies tocase,
preguntóle: — Diego, ¿juras
a tu vuelta desposarme? —
Contestó el mozo: — ¡Sí jurol —
Y ambos del templo se salen.

III

Pasó un día y otro día,
un mes y otro mes pasó,
y un año pasado había,
mas de Flandes no volvía
Diego, que a Flandes partió.

Lloraba la bella Inés,
su vuelta aguardando en vano
oraba un mes y otro mes
del Crucifijo a los pies
do puso el galán su mano

Todas las tardes venía
después de traspuesto el sol,
y a Dios llorando pedía
la vuelta del español,
y el español no volvía.

Y siempre al anochecer,
sin dueña y sin escudero,
en un manto una mujer
el campo salía a ver
al alto del *miradero*.

¡Ay del triste que consume
su existencia en esperar!
¡Ay del triste que presume
que el duelo con que él se abruma
al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los cielos
precioso y funesto don,
pues los amantes desvelos
cambian la esperanza en celos
que abrasan el corazón.

Si es cierto lo que se espera,
es un consuelo en verdad;
pero, siendo una quimera,
en tan frágil realidad
quién espera desespera.

Así Inés desesperaba
sin acabar de esperar,
y su tez se marchitaba,
y su llanto se secaba
para volver a brotar.

En vano a su confesor
pidió remedio o consejo

para aliviar su dolor;
que mal se cura el amor
con las palabras de un viejo.

En vano a Iván acudía
llorosa y desconsolada:
el padre no respondía;
que la lengua le tenía
su propia deshonra atada:

Y ambos maldicen su estrella,
callando el padre severo
y suspirando la bella,
porque nació mujer ella,
y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron
en esperar y gemir,
y las guerras acabaron,
y los de Flandes tornaron
a sus tierras a vivir.

Pasó un día y otro día,
un mes y otro pasó,
y el tercer año corría.
Diego a Flandes se partió,
mas de Flandes no volvía.

Era una tarde serena:
doraba el sol de Occidente
del Tajo la vega amena,
y apoyada en una almena
miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas
las riberas azotando
bájo las murallas solas,

musgo, espinas y amapolas
ligeramente doblando.

Algún olmo que escondido
creció entre la hierba blanda
sobre las aguas tendido,
se reflejaba perdido
en su cristalina banda.

Y algún ruiñeñor colgado
entre su fresca espesura,
daba al aire embalsamado
su cántico regalado
desde la enramada oscura.

Y algún pez con cien colores,
tornasolada la escama,
saltaba a besar las flores
que exhalan gratos olores
a las puntas de una rama.

Y allá en el trémulo fondo
el torreón se dibuja,
como el contorno redondo
del hueco sombrío y hondo
que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba
el rigor de su fortuna,
y así la tarde pasaba,
y al horizonte trepaba
la consoladora luna.

A lo lejos por el llano,
en confuso remolino,
vió de hombres tropel lejano,
que en pardo polvo liviano
dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón,
y, llegando recelosa
a las puertas del Cambrón,
sintió latir zozobrosa
más inquieto el corazón.

Tan galán como altanero
dejó ver la escasa luz,
por bajo el arco primero,
un hidalgo caballero
en un caballo andaluz.

Jubón negro acuchillado,
banda azul, lazo en la hombrera,
y, sin pluma, al diestro lado
el sombrero derribado,
tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,
bota de ante, espuela de oro,
hierro al cinto suspendido,
y a una cadena prendido
agudo cuchillo moro.

Vienen tras este jinete,
sobre potros jerezanos,
de lanceros hasta siete;
y en adarga y coselete
diez peones castellanos.

Asióse a su estribo Inés,
gritando:—Diego, ¿eres tú?—
y él viéndola, del través,
dijo:—¡Voto a Belcebú,
que no me acuerdo quién es!

Dió la triste un alarido,
tal respuesta al escuchar,

y a poco perdió el sentido,
sin que más voz ni gemido
volviera en tierra a exhalar.

Frunciendo ambas a dos cejas,
encomendóla a su gente,
diciendo:—¡Malditas viejas,
que a las mozas malamente
enloquecen con consejos! —

Y aplicando el capitán
a su potro las espuelas;
el rostro a Toledo dan,
y a trote cruzando van
las oscuras callejuelas

IV

Así por sus altos fines
dispone y permite el cielo
que puede mudar al hombre
fortuna, poder y tiempo.
A Flandes partió Martínez
de soldado aventurero,
y por su suerte y hazañas,
allí capitán le hicieron.
Según alzaba en honores
alzábase en pensamientos,
y tanto ayudó en la guerra
con su valor y altos hechos,
que el mismo rey, a su vuelta,
le armó en Madrid caballero,
tomándole a su servicio
por capitán de lanceros.
Y otro no fué que Martínez
quien ha poco entró en Toledo,
tan orgulloso y ufano
cual salió humilde y pequeño.

Ni es otro a quien se dirige,
cobrado el conocimiento,
la amorosa Inés de Vargas,
que vive por él muriendo.
Mas él, que, olvidando todo,
olvidó su nombre mesmo,
puesto que Diego Martínez
es el capitán Don Diego,
ni se ablanda a sus caricias
ni cura de sus lamentos,
diciendo que son locuras
de gentes de poco seso;
que ni él prometió casarse,
ni pensó jamás en ello.
¡Tanto mudan a los hombres
fortuna, poder y tiempo!
En vano porfiaba Inés
con amenazas y ruegos:
cuanto más ella importuna,
está Martínez severo.
Abrazada a sus rodillas,
enmarañado el cabello,
la hermosa niña lloraba.
prosternada por el suelo.
Mas todo empeño es inútil,
porque el capitán Don Diego
no ha de ser Diego Martínez,
como lo era en otro tiempo.
Y así, llamando a su gente,
de amor y piedad ajeno,
mandóles que a Inés llevaran,
de grado o de valimiento.
Mas ella, antes que la asieran,
cesando un punto en su duelo,
así habló, el rostro lloroso,
hacia Martínez volviendo:
—Contigo se fué mi honra,
conmigo tu juramento:

pues buenas prendas son ambas,
en buen fiel las pesaremos.—
Y la faz descolorida
en la mantilla envolviendo,
a pasos desatentados
salióse del aposento.

V

Era entonces de Toledo,
por el rey gobernador,
el justiciero y valiente
Don Pedro Ruiz de Alarcón.
Muchos años por su patria
el buen viejo peleó;
cercenado tiene un brazo,
más entero el corazón.
La mesa tiene delante,
los jueces en derredor,
los corchetes a la puerta,
y en la derecha el bastón.
Está, como presidente
del Tribunal superior,
entre un dosel y una alfombra,
reclinado en un sillón,
escuchando con paciencia
la casi asmática voz
con que un tétrico escribano
solfea una apelación.
Los asistentes bostezan
al murmullo arrullador;
los jueces, medio dormidos,
hacen pliegues al ropón;
los escribanos repasan
sus pergaminos al sol.
Los corchetes a una moza
guiñan en un corredor,

y abajo en Zocodover
gritan en disorde son
los que en el mercado venden,
lo vendido y el valor.

Una mujer en tal punto,
con faz de grande aflicción,
rojos de llorar los ojos,
ronca de gemir la voz,
suelto el cabello y el manto,
tomó plaza en el salón,
diciendo a gritos:—¡Justicia,
jueces! ¡Justicia, señor!—
Y a los pies se arroja humilde
de Don Pedro de Alarcón,
en tanto que los curiosos
se agitan alrededor.
Alzóla cortés Don Pedro,
calmando la confusión
y el tumultuoso murmullo
que esta escena ocasionó,
diciendo:—Mujer, ¿qué quieres?
—Quiero justicia, señor.
—¿De qué?

—De una prenda hurtada.

—¿Qué prenda?

—Mi corazón.

—¿Tú le diste?

—Le presté.

—¿Y no te le han vuelto?

—No.

—¿Tienes testigos?

—Ninguno.

—¿Y promesa?

—Sí, ¡por Dios!

que, al partirse de Toledo,
un juramento empenó.

—¿Quién es él?

—Diego Martínez.

—¿Noble?

—Y capitán, señor...

—Presentadme al capitán,
que cumplirá si juró.—

Quedó en silencio la sala;
y a poco, en el corredor,
se oyó de botas y espuelas
el acompasado son.

Un portero levantando
el tapiz, en alta voz
dijo:—el capitán Don Diego.—

Y entró luego en el salón
Diego Martínez, los ojos
llenos de orgullo y furor.

—¿Sois el capitán Don Diego—
díjole Don Pedro—vos?

Contestó altivo y sereno
Diego Martínez:

—Yo soy.

—¿Conocéis a esta muchacha?

—Ha tres años, salvo error.

—¿Hicisteisla juramento
de ser su marido?

—No.

—¿Juráis no haberlo jurado?

—Sí juro.

—Pues id con Dios.

—¡Miente!—clamó Inés, llorando
de despecho y de rubor.

—Mujer, ¡piensa lo que dices!

—Digo que miente: juró.

—¿Tienes testigos?

—Ninguno.

—Capitán, idos con Dios,
y dispensad que, acusado,
dudara de vuestro honor.

Tornó Martínez la espalda
con brusca satisfacción,

e Inés, que le vió partirse,
resuelta y firme gritó:

—¡Llamadle! Tengo un testigo.

¡Llamadle otra vez, señor!—

Volvió el capitán Don Diego,

sentóse Ruiz de Alarcón,

la multitud aquietóse,

y la de Vargas siguió:

—Tengo un testigo a quien nunca
faltó verdad ni razón.

—¿Quién?

—Un hombre que de lejos
nuestras palabras oyó,
mirándonos desde arriba.

—¿Estaba en algún balcón?

—No; que estaba en un suplicio
donde ha tiempo que expiró.

—¿Luego es muerto?

—No, que vive.

—¡Estáis loca, vive Dios!

¿Quién fué?

—El CRISTO de la Vega
a cuya faz perjuró.

Pusiéronse en pie los jueces
al nombre del Redentor,
escuchando con asombro
tan excelsa apelación.

Reinó un profundo silencio
de sorpresa y de pavor,
y Diego bajó los ojos
de vergüenza y confusión.

Un instante con los jueces
Don Pedro en secreto habló,
y levantóse diciendo
con respetuosa voz:

—La ley es ley para todos:
tu testigo es el mejor;
mas, para tales testigos,

no hay más tribunal que Dios.
 Haremos... lo que sepamos.
 Escribano: al caer el sol,
 al CRISTO que está en la vega
 tomaréis declaración.

VI

Es una tarde serena,
 cuya luz tornasolada
 del purpurino horizonte
 blandamente se derrama.
 Plácido aroma las flores
 sus hojas plegando exhalan,
 y el céfiro, entre perfumes,
 mece las trémulas alas.
 Brillan abajo en el valle
 con suave rumor las aguas,
 y las aves en la orilla
 despidiendo al día cantan.

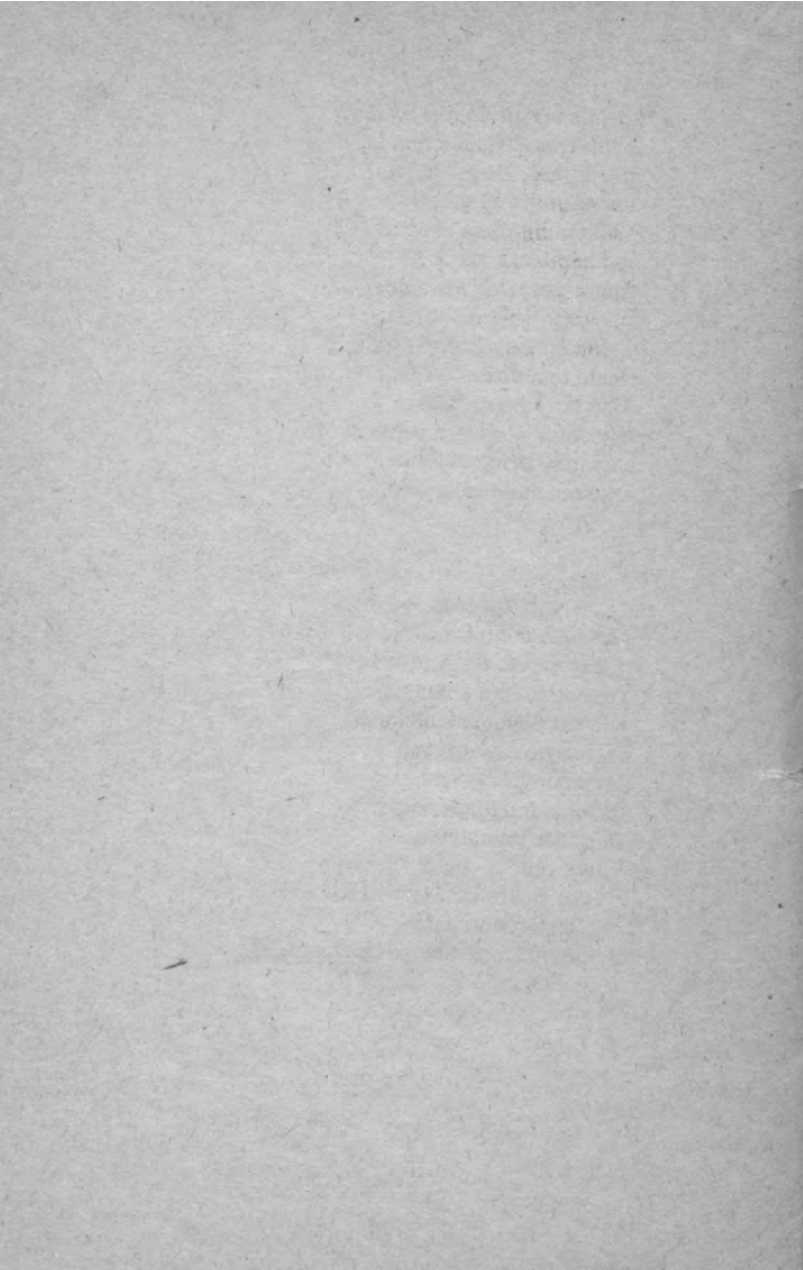
Allá por el *miradero*,
 por el Cambrón y Visagra,
 confuso tropel de gente
 del Tajo a la vega baja.
 Vienen delante Don Pedro
 de Alarcón, Iván de Vargas,
 su hija Inés, los escribanos,
 los corchetes y los guardias;
 y detrás monjes, hidalgos,
 mozas, chicos y canalla.
 Otra turba de curiosos
 en la vega les aguarda,
 cada cual comentando
 el caso según le cuadra.
 Entre ellos está Martínez,
 en apostura bizarra,
 calzadas espuelas de oro,
 valona de encaje blanca,

bigote a la borgoñesa,
melena desmelenada,
el sombrero guarnecido
con cuatro lazos de plata,
un pie delante del otro,
y el puño en el de la espada.
Los plebeyos de reojo
le miran de entre las capas,
los chicos al uniforme
y las mozas a la cara.
Llegado el gobernador
y gente que le acompaña,
entraron todos al claustro
que iglesia y patio separa.
Encendieron ante el CRISTO
cuatro cirios y una lámpara,
y de hinojos un momento
oraron allí en voz baja.
Está el CRISTO de la Vega
la cruz en tierra posada,
los pies alzados del suelo
poco menos de una vara.
Hacia la severa imagen
un notario se adelanta
de modo que con el rostro
al pecho santo llegaba.
A un lado tiene a Martínez,
a otro lado a Inés de Vargas;
detrás al gobernador,
con sus jueces y sus guardias.
Después de leer dos veces
la acusación entablada,
el notario a Jesucristo
así demandó en voz alta:
—*Jesús, Hijo de María,*
ante nos esta mañana
citado como testigo
por boca de Inés de Vargas:

*¿juráis ser cierto que un día,
a vuestras divinas plantas,
juró a Inés, Diego Martínez
por su mujer desposarla?*
Asida a un *brazo* desnudo
una *mano* atarazada,
vino a posar en los autos
la seca y hendida palma,
y, allá en los aires, ¡SÍ JURO!,
clamó una voz más que humana.
Alzó la turba medrosa
la vista a la imagen santa...
los labios tenía abiertos,
y una mano desclavada.

CONCLUSIÓN

Las vanidades del mundo
renunció allí mismo Inés,
y, espantado de sí propio,
Diego Martínez también.
Los escribanos, temblando,
dieron de esta escena fe,
firmando como testigos
cuantos hubieron poder.
Fundóse un aniversario
y una capilla con él,
y Don Pedro de Alarcón
el altar ordenó hacer,
donde hasta el tiempo que corre,
y en cada año una vez,
con la mano desclavada
el Crucifijo se ve.



ÍNDICE



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Dos palabras del editor.....	7
Indecisión.....	11
A María, Madre de Dios.....	17
La juventud.....	21
La Virgen al pie de la cruz.....	29
El niño y la maga.....	41
La plegaria.....	75
A una niña.....	81
Toledo	89
El reloj.....	99
El puñal del godo.....	105
A buen juez mejor testigo.....	135







G - 486675